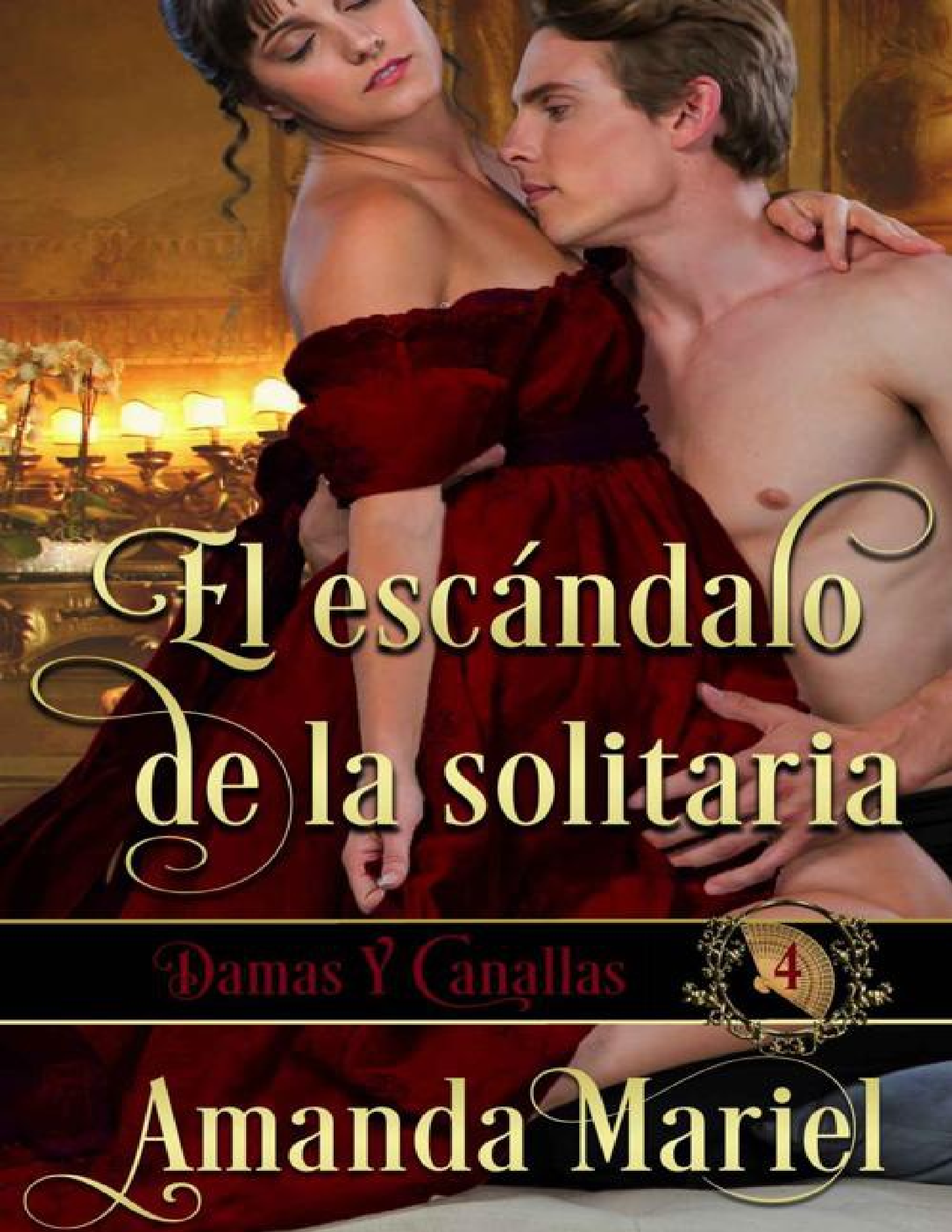


A romantic illustration of a man and a woman in a close embrace. The woman, on the left, has dark hair with bangs and is wearing a deep red, off-the-shoulder gown. She has her eyes closed and a serene expression. The man, on the right, is shirtless and looking at her with a gentle expression. His hand is resting on her waist. The background is a warm, golden-brown interior with soft lighting from lamps and a vase of flowers on the left.

El escándalo de la solitaria

Damas Y Canallas

4

Amanda Mariel

El Escándalo de la Solitaria

DAMAS Y CANALLAS

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
MARIA CALDERÓN

Índice

[Dedicación](#)

[Reconocimiento](#)

[Libros de Amanda Mariel](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Extracto](#)

[Prólogo](#)

[Acerca de Amanda Mariel](#)

[Postfacio](#)

Dedicación

Mamá y papá, gracias por animarme y apoyarme siempre, ¡mucho amor para ambos!

Reconocimiento

Gracias a mi editor y lectores beta por ayudar a dar forma y pulir la historia de Caleb y Jane. Mi familia merece un gran agradecimiento también. Su apoyo y entusiasmo significan el mundo para mí. Mamá, siempre eres la primera en ver mis manuscritos y tus notas y sugerencias son invaluable. Tammy Andresen, Elizabeth Evans y Nina Mason, muchas gracias a todos por ayudar a hacer brillar esta historia. Brian, me sorprendes con la forma en que apoyas y animas mi carrera como escritora. Un gran agradecimiento a mis lectores por continuar animándome y leyendo mis libros. ¡Los adoro a todos! ¡Grandes abrazos para todos!!

Libros de Amanda Mariel

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Earlmore

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro

El credo de la arquera dama

Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor

Destinado a un pícaro

La insensatez de Olivia

Novelas románticas históricas

Un beso encantador

Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida

Una



Londres, 1843

Lady Jane Shillington nunca había sido demasiado sociable. Los caballeros no se tiraban encima para cortejarla. Ciertamente no perdían el tiempo en llamarla. A las dos y veinte nunca había sido besada... hasta él. Ella se llevó la mano a los labios y miró al guapo pícaro que dormía en su cama. Cuando él entró en su habitación anoche, la locura pura superó sus sentidos. Se quedó quieta como si lo hubiera esperado, con la excitación retumbando en sus venas donde el miedo y la indignación deberían haber estado.

La vista de Lord Keery, quitándose el abrigo, las botas y los calzoncillos a la tenue luz de su dormitorio, hizo que su cuerpo se calentara y doliera en lugares que nunca antes había tenido. Cuando el resto de sus prendas siguieron, se encontró impotente para mirar hacia otro lado, su mirada estaba escaneando cada centímetro descubierto de él.

Cuando él se subió a su cama y la atrajo hacia sus brazos, ella se fundió con él. Como un capricho, ella se había deleitado en sus profundos besos de exploración. Ella no se resistió cuando él deslizó sus manos bajo su camisa, y no lo apartó cuando él acarició y besó sus pechos. Ella había querido todo lo que él le ofrecía y anhelaba más.

Él se dio la vuelta y la atrajo hacia él, su mejilla descansando contra su pecho. Momentos después sus suaves ronquidos llenaron la habitación. Ella se recostó contra su cálida piel, atrapada en una tormenta de deseo e ira mientras él descansaba pacíficamente con sus brazos todavía alrededor de ella. ¿Cómo pudo haberse dormido en medio de lo que estaban haciendo?

Ella solo podía asumir que el licor que él había consumido era el culpable. La intoxicación era, sin duda, lo que lo había llevado a su habitación en primer lugar. Ella había probado el vino dulce en sus labios y olió su aroma embriagador en su aliento. Ella debería despertarlo y exigirle que se vaya inmediatamente.

Seguramente había querido unirse a otra dama. Una experimentada en el arte de hacer el amor, no una solitaria olvidada que se estaba convirtiendo rápidamente en una solterona. Aun así, ella estaba cautivada por su toque, y más que dispuesta a darle su virtud. La decepción se posó pesada en su pecho esa mañana cuando ella se recostó de lado junto a él, con la cabeza apoyada en su mano, mirándolo.

Estudió a Lord Keery desde su cabello rubio oscuro y sus pestañas gruesas hasta su nariz aristocrática y sus labios carnosos. Su mirada descendió más abajo a su pecho esculpido y el parche de pelo que cubría su esternón. Sus dedos se movieron para tocarlo, pero no se atrevió a

arriesgarse a despertarlo. Seguramente, cuando se despertara, la dejaría sin más como su encuentro. Su estómago se hundió. Los pícaros populares no pasaban el tiempo con mujeres castas. Los dos eran mundos aparte. Ella apostaría a que él ni siquiera sabía su nombre.

Su mirada se detuvo donde la sábana cubría su estrecha cintura. Tal vez si ella usaba extrema precaución, podía mover la ropa sin que él se moviera. Sus mejillas se calentaron ante la idea malvada, incluso cuando se acercó un poco más, intentando echar un vistazo rápido. La noche anterior, la oscuridad de la habitación había distorsionado su vista. Ella había visto lo suficiente como para calentar su sangre, pero no pudo captar ningún detalle crítico. Su corazón se agitó ante el pensamiento de lo que podría contemplar a la luz de la mañana.

Se movió. Jane se quedó helada, esperando que él se calmara, su pulso se aceleró. Después de un momento, su ligero ronquido flotó a través de la cámara una vez más. Ella extendió su mano temblorosa y levantó un poco de la sábana de lino. Como él no se movió, ella lo empujó más lejos en el aire, permitiéndose una vista sin restricciones de la impresionante exhibición anatómica oculta debajo.

¡Cielo misericordioso! Sus ojos se agrandaron al ver su virilidad, que, para su fascinación y deleite, se estaba inflando ante sus propios ojos. Se inclinó descaradamente hacia un punto de vista mejor. El apéndice ahora sobresalía de su cuerpo, apareciendo a la vez suave y duro al mismo tiempo. Su sangre se calentó mientras se preguntaba cómo funcionaba realmente la mecánica del acto sexual.

Sin pensar en las consecuencias de tal acción, ella deslizó su mano debajo de la sábana y lo tocó. La fascinación la llenó mientras pasaba la punta de sus dedos sobre su piel firme y sedosa. Su respiración se detuvo cuando su mano cubrió la de ella y juntó sus dedos alrededor de su virilidad.

"Acaríciame", ordenó en un tono bajo y ronco.

¿Acariciarlo? Seguramente no se refería a la manera en que uno acariciaría un caballo o un perro. "¿Q-qué?" La confusión y la sorpresa se arremolinaron en su mente mientras él guiaba su mano a lo largo de su prominencia. Ella levantó la cabeza para mirarlo con asombro.

Entonces, de repente, apartó la mano de ella y disparó desde la cama. "¿Cómo diablos...?"

Su aliento se detuvo, el pánico se aferraba a ella. Ella debería decir algo, pero ¿qué?

Miró alrededor de la habitación, levantó la camisa y la sostuvo frente a él como si de repente fuera modesto. Luego, mirándola a través de sus tormentosos ojos marrones, le preguntó en tono acusatorio: "¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

"¿Yo? Esta es mi habitación. ¿Cómo se atrevía a tratarla tan groseramente? Se deslizó fuera de la cama, caminó hacia él, apuntando con un dedo acusador a su pecho desnudo. "Es usted, Lord Keery, quien es el intruso aquí, no yo".

Echó un vistazo a la cama desordenada, luego volvió a mirar el espigado cuerpo oculto, la delgada tela de su camisón hizo poco para ocultar sus favores. "Parece que me recibió con las piernas abiertas, señora".

El escalofrío en su tono la atravesó. Pensar que estaba lamentando el hecho de que no habían hecho el amor hace tan solo unos minutos. La ira cobró vida, quemándola de adentro hacia afuera. Ella clavó su dedo en el hueso y el músculo de su pecho. ¡Esa es una invitación que nunca recibirás de mí! Eres un bribón indeseable para la compañía de mujeres.

"Si eso es cierto, es muy bueno que no haya damas presentes". Se sacó la camisa sobre la cabeza.

"Parece que también hay una escasez de caballeros". Se inclinó para recuperar sus pantalones antes de arrojárselos.

La puerta se abrió detrás de ella, girándola. Para su horror, su hermano y su esposa habían entrado en su dormitorio, y lo que es peor, la condesa de Bailey, una mujer mayor conocida por sus chismes, se quedó con los ojos abiertos en el pasillo. La sangre se drenó de la cara de Jane cuando ella desvió su mirada hacia la ventana de cristal, deseando poder salir de ella.

"Explícate", le preguntó su hermano Henry a Lord Keery. Claudia se quedó detrás de su marido, con la mano en el pecho y la boca abierta.

El corazón de Jane latía con fuerza, la cabeza giraba con todas las excusas que podía ofrecer, pero no hubo palabras. Nada de lo que pudiera decir haría alguna diferencia. Se quedó en medio de su habitación en nada más que una camisa con un hombre medio desnudo. ¡Demonios! Ella estaba arruinada. Sus mejillas ardían de vergüenza.

Claudia se acercó a la puerta y la cerró, protegiéndola de la vista de la condesa, así como de cualquier otro huésped que pudiera venir a visitarla. "Baja la voz, Henry. ¿Quieres ver a Jane arruinada?"

"Keery ya se ha ocupado de eso, me atrevo a decir. ¡Maldita sea!, la condesa ha sido testigo de esta... esta atrocidad". Su atención permaneció enclavada en Lord Keery. "Te aprovechaste de mi hermana. ¿No tienes nada que decir?"

Jane recobró su fuerza y corrió hacia adelante. "No todo es lo que parece. Lo juro por mi vida."

"¡Silencio!" Henry mordió la palabra entre los dientes apretados, sus ojos ardiendo con una ira no reprimida.

Jane apretó los labios, pero se mantuvo firme. No podía permitir que Lord Keery asumiera toda la culpa de su problema, no cuando había sido una cómplice dispuesta.

Henry se quitó el guante y lo abofeteó en la mejilla de Lord Keery. "Te desafío a un duelo".

Lord Keery retrocedió para inclinarse casualmente contra el tocador. "No hay necesidad de eso, Shillington, porque tengo la intención de reparar lo que hice con tu hermana".

El estómago de Jane se sacudió cuando asimiló sus palabras. "Hacer lo correcto" por ella solo podía significar una cosa. Lord Keery quería casarse con ella. Hace una hora ella habría estado emocionada, pero ahora la perspectiva la aterrorizaba. Luchó contra la bruma y cubrió a Keery con la mirada. "No me casaría con este sinvergüenza así él fuera el último hombre en la tierra".

Su hermano saltó, su mirada tan condenatoria como la de ella. "Usted perdió toda voz en el asunto, querida hermana, en el momento en que entró en su habitación".

Keery sacudió sus pantalones arrugados. "Voy conseguir una licencia especial de inmediato". Se los puso, se metió la camisa de lino y los aseguró. "Tan pronto como encuentre el resto de mi ropa".

Jane apretó sus manos, con ganas de gritar. ¿Cómo podía ser tan casual? Su indiferencia la enfureció aún más. Él no quería casarse con ella; ni ella quería un pícaro con los modales de un jabalí para marido. Furiosa y nerviosa, recorrió la habitación recogiendo sus prendas antes de empujarlas contra su pecho. "No te molestes. Me niego a casarme contigo, a pesar de que mi hermano lo exija". Aun cuando las palabras salieron de su boca, ella supo que eran falsas. Ella no podía rechazar su oferta cuando hacerlo traería vergüenza a toda su familia.

Henry la tomó del brazo y le dio una suave sacudida. Ya es suficiente, Jane. Te casarás con Keery. Ni una palabra más de ti a menos que sea "lo haré".

Lord Keery, vestido en mano, se dirigió hacia la puerta. Antes de que se despidiera, se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa irónica. "Parece que no tienes otra opción en el asunto, mi futura esposa".

Jane estaba perpleja y enfurecida por su comportamiento contradictorio. ¿Por qué ofrecerle matrimonio para salvar su reputación en un momento, solo para arruinar su buen nombre en el momento siguiente al dejar su habitación en un estado tan desagradable? "Seguramente no tienes la intención de salir allí de esa manera".

Su boca se enganchó en una sonrisa diabólica. "¿Por qué no, cuando ya estás comprometido?"

Y luego de eso, se despidió.

Das

Caleb, el sexto marqués de Keery, ignoró las miradas indiscretas de la condesa de Bailey mientras marchaba por el pasillo hacia la habitación de invitados, con la chaqueta y la corbata en la mano. ¿Cómo diablos se había dejado atrapar en la soga del párroco? Y, para aumentar el insulto al daño, había sido atrapado no por una coqueta seductora, sino por una violeta marchita como Lady Jane Shillington. La forma en que la más voluble de las Solitarias había ganado el juego que tantas damas más audaces habían perdido, estaba más allá de su comprensión.

Mujeruegos como él mismo, se cuidaban para que esas cosas no sucedan, no a menos que ellos quisieran, lo que seguramente no hizo. Tenía buenas razones, para seguir soltero. ¿Ella no sabía nada de los escándalos de su prostituta madre? ¿O el dulce destino de la pequeña Maggie? Qué maldita tonta era lady Jane por ponerse bajo su protección. Por otra parte, es posible que ella no sepa de la caída de Maggie, por la cual él todavía se culpaba a sí mismo. El mero pensamiento de aquella locura de antaño le apretó tanto el pecho que apenas podía respirar.

Y hablando de locuras, ¿qué lo había poseído para ofrecer matrimonio a Lady Jane?

Bueno, no importa, lo que se hizo esaba hecho. Ahora, solo podía esforzarse por sacar lo mejor de una mala situación manteniendo un margen seguro de distancia entre ellos. De esa manera, él podría tanto protegerla como proteger su corazón contra la recurrencia del dolor que le infligió su madre. Además de eso, un matrimonio de conveniencia debería servirle bien en este caso, ya que nunca podría enamorarse de una criatura tan dócil y sencilla.

Hizo un gesto con la corbata en el puño mientras recorría el pasillo que conducía a su habitación de invitados. Haría lo que el deber exigiera. Cambiar, afeitarse, obtener una licencia y casarse con Lady Jane por la mañana. Por mucho que le doliera admitirlo, no había otra opción para ninguno de ellos.

"Keery", su amigo de mucho tiempo, Lord Luvington se acercó y le dio una palmada en la espalda. "Te he estado buscando".

Caleb le lanzó una mirada molesta. "No tengo tiempo para atenderte en este momento".

Luvington lo estudió por un momento con un brillo burlón en sus ojos. "¿Por qué tan malcriado esta mañana, amigo? ¿Tu damisela no pudo satisfacerte anoche?"

"Ni hablar, Luvington". Caleb entrecerró los ojos.

"Vamos, no puede ser tan malo como eso".

"No tienes idea." Caleb dio un paso más rápido y ansioso por la seguridad de su habitación.

Luvington, para consternación de Caleb, mantuvo el ritmo "Cierto, aunque soy muy curioso. ¿Es culpa de una dama?"

Caleb entró en su habitación con Luvington pisándole los talones. Después de cerrar la

puerta, se giró para mirar a su amigo. "Siempre hay una dama a quien culpar, al menos en parte. Me desperté en la cama de Lady Jane esta mañana... desnuda".

"¿Cómo diablos...?"

"Me temo que se pone mucho peor". Caleb se pasó los dedos por el pelo y se lamió los labios. "Su hermano y su esposa nos atraparon. Cuando irrumpieron en su habitación, estaba medio vestido. "Shillington me desafió a un duelo para vengar su honor, al que respondí con una oferta de matrimonio".

"Tal vez descubras que el matrimonio te conviene". Luvington sirvió dos vasos de whisky y le entregó uno a Caleb. "Aquí, suavizará sus bordes ásperos".

Caleb frunció el ceño a su amigo. "No hay suficiente alcohol en toda Inglaterra para arreglar mi estado de ánimo".

"Me imagino que no. De todos modos, toma una copa".

Caleb vació el contenido de su vaso, deseando que la quemadura del licor pudiera limpiarse las últimas ocho horas. Por desgracia, nada podría deshacer el desastre que había hecho. Dejó el vaso con demasiada fuerza y volvió a vestirse. "Debo obtener una licencia especial de inmediato. Shillington quiere que nos casemos antes de que toda la fiesta se entere de la desgracia de su hermana".

"Iré contigo."

"¿Y tu esposa?" Caleb miró de reojo a su amigo. Seguramente, lady Luvington no desearía quedarse sola en la fiesta.

"No te preocupes por mi esposa. Muy pronto, tendrás que atenderte a ti mismo. Luvington se rió entre dientes. "No me perdería ni un momento de esto. En cualquier caso, Lady Luvington tiene sus propios planes para el día".

Caleb tiró de la campana para llamar a su criado, y luego fue a su lavabo. "Muy bien, nos vemos en el establo en veinte minutos".

Con un gesto de asentimiento, Luvington abandonó la habitación, dejando a Caleb revolviendo bilis de la ira y el arrepentimiento. ¡Idiota! Miró su reflejo en el espejo, sabiendo que a pesar de sus acusaciones en contrario, era el único culpable de lo que había sucedido. Independientemente de sus sentimientos y deseos, tendría que hacer todo lo posible para ser un buen marido. Qué pena que no tuviera la más mínima idea de cómo hacerlo.



"Por favor, déjame solo por un momento." Jane miró a Henry con su mirada implorante. Ya no podía discutir lo que pasó, ni los resultados de la situación. Como Henry no hizo ningún movimiento para cumplir su deseo, ella agregó: "He aceptado casarme con lord Keery. ¿Qué más quieres?"

"La cabeza del bastardo en una bandeja." Henry se enfureció. "Él merece ser castigado por arruinarte, no recompensado".

Jane se estremeció ante la furia en el tono de su hermano antes de enderezar sus hombros y fijarlo con su mirada. "Soy tan culpable como él". En verdad, la mayor parte de la culpa de su situación descansaba sobre sus hombros. Ella había sido la que le permitió entrar en su cama; el de actuar como un malvada caprichosa. Lord Keery se quedó en su habitación para que Henry lo descubriera, todo fue su culpa. Ella podría, debería haberlo hecho, haberlo echado en el momento en que él entró en su habitación, en lugar de darle la bienvenida a su cama.

Ni siquiera había estado allí para ella, probablemente ni siquiera sabía quién era ella. ¿Cuál

era el nombre de la dama que había murmurado antes de desmayarse? Sonya. Jane lo pensó un momento, su pulso se aceleró. Lady Sonya, la última viuda del conde de Gravestone. La perfección en persona, con su cabello rubio, sus brillantes ojos azules y su figura esbelta. Jane tragó con fuerza. ¿Cómo podría ella, con su cabello oscuro, sus ojos verdes apagados y su estatura corta y redondeada, alguna vez esperar competir con semejante rival? Sus labios temblaron mientras luchaba contra las ganas de llorar. En qué gran desastre se había metido ella misma.

Eres una dama, Jane. La culpa es toda suya. Henry la tomó en sus brazos. "Me apena que esto te sucediera".

Jane apoyó la cabeza contra su pecho reconfortante. "Por favor, Henry, déjame algo de privacidad".

La soltó y dio un paso atrás, estudiándola. "Preferiría que no estuvieras sola en este momento. Si permites que Claudia se quede, yo me iré.

Jane miró hacia donde estaba su cuñada cerca de la ventana. La calidez y la comprensión en su mirada le dieron una cierta comodidad. La dama, después de haber sabido más que su parte de escándalo, sin duda entendió lo que Jane estaba sintiendo. Además, Henry no abandonaría su habitación a menos que ella lo consintiera. "Muy bien", estuvo de acuerdo Jane, y Henry asintió levemente, "Claudia puede quedarse".

Su hermano miró a su esposa. "Cuida de ella. Voy a ver a la condesa. Sería mejor si esta situación se mantiene tranquila hasta después de la boda".

Claudia asintió. "No te preocupes, amor. Jane está en buenas manos.

Dio un beso en la frente de Claudia antes de salir de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró detrás de él, Jane soltó un suspiro y se hundió en su colchón. Quería gritar, llorar, arrojar algo por frustración, decepción e ira. Del mismo modo, ella quería reír, sonreír, celebrar que había logrado algo que nunca pensó que lograría: ganar un marido. Aunque ella no hubiera elegido a Lord Keery, incluso un mujeriego sería más adecuado que la soltería. Por lo menos, ella tendría una familia propia.

Claudia se acomodó en la cama junto a Jane y le puso una mano en el hombro. "¿Quieres hablar?"

Jane volvió la cabeza hacia la almohada de plumas. "No sé qué decir. Mi mente está confusa, siendo arrastrada de un lado a otro con ideas en conflicto".

"Tal vez hablar en voz alta te ayudará a ordenar tus pensamientos". Claudia apretó suavemente el hombro de Jane.

"Me temo que me vas a tomar por tonta".

"Nunca pensaría eso, querida". Claudia le dio una cálida sonrisa.

Con un suspiro de resignación, Jane se incorporó. ¿Qué podría doler? "Una vez no quería nada más que casarme y tener una familia propia. Cuando hice mi debut, lo hice con las más altas esperanzas. Después de tantas temporadas fallidas; sin embargo, me había resignado a la soltería".

"¿Y ahora?" La alentó Claudia.

Jane se levantó de la cama y comenzó a caminar por el suelo. "Ahora no sé qué sentir". Alcanzó la pared, giró y se dirigió hacia la cama. "Parte de mí está molesta, incluso enojada, por haber sido obligada a casarse. Aun así, otra parte de mí está emocionada. No tiene ningún sentido."

Claudia se acercó a ella y la tomó de las manos, deteniéndola. "No hay nada de tonto en lo que estás sintiendo. Tu futuro cambió mucho de la noche a la mañana y me atrevo a decir que

cambiará aún más en las próximas horas. Por lo tanto, solo tiene sentido tener emociones mezcladas”.

Jane sintió un pinchazo de culpa mientras estudiaba a Claudia por un momento, observando su expresión cálida y cariñosa. No pudo evitar preguntarse si su cuñada pensaría lo mismo si estuviera al tanto del engaño de Jane.

Tal vez debería confiarle todas sus preocupaciones. Tal vez Claudia tendría un valioso consejo sobre cómo proceder. Pensándolo bien, no. Porque, ¿cómo podría enfrentarla, o su hermano, si ella confesara su comportamiento imprudente? Ella ciertamente perecería de vergüenza.

"¿Qué es, querida?" Claudia la miró con ojos comprensivos.

Jane desvió su atención a las tablas del suelo. "Nada."

"La angustia en tu cara sugiere lo contrario." Claudia entrecerró los ojos inquisitivamente.

"Simplemente me preguntaba cuánto tiempo le tomará a Lord Keery regresar con la licencia", mintió Jane. "Porque preferiría terminar la ceremonia con toda la prontitud".

"Si Henry se sale con la suya, los dos se unirán bajo amenaza de violencia en el momento en que regrese el marqués".



Como Claudia había especulado, Henry exigió que Lord Keery se casara con Jane en el momento en que regresara con la licencia especial. Ahora, estaba parada bajo un enrejado de rosas, vestida con el mejor vestido que había traído. Las estrellas brillaron en el cielo nocturno y una cálida brisa la envolvió mientras se unía irreversiblemente a Lord Keery.

Su querida amiga Sarah estaba con su esposo, Lord Luvington. Claudia y Henry estaban junto a ellos. Henry tenía una expresión hosca mientras el clérigo conducía la ceremonia, su mirada parpadeaba constantemente de ella a su novio. Cuando, por fin, los recién casados fueron declarados marido y mujer, Henry permitió una leve sonrisa.

Lord Keery dejó caer sus manos. Salimos para Londres al amanecer. Esté preparado."

"Si mi señor."

"Ahora que estamos casados", le ofreció una débil sonrisa: "Te doy permiso para que me llames por mi nombre".

"¿Cual es...?"

"Caleb".

Ella le sonrió, aunque sus entrañas estaban en un estado de agitación total. "Muy bien entonces, Caleb".

Cuando se apartó de ella para conversar con Lord Luvington, ella le lanzó una mirada de reojo, con el cuerpo agitado, los nervios hacían que sus manos temblaran ligeramente. ¿Vendría a ella esta tarde? ¿Qué haría ella si él lo hiciera? ¿Y qué haría ella si él no lo hiciera?

Su comportamiento fresco durante y después de la ceremonia la llevó a creer que estaba enfadado con ella. No es que ella pudiera culparlo. De hecho, ella estaba molesta consigo misma. Suspiró y dirigió su atención hacia donde estaban Henry y Claudia.

Henry se acercó, tomando sus manos entre las suyas. "Aunque no es así como ninguno de nosotros deseaba que fuera el día de tu boda, debo decir que eres una visión".

Echó un vistazo a los dedos de sus zapatillas que sobresalían de debajo de su vestido de color rubor. "Gracias."

"Te deseo felicidad, Jane".

Ella apartó las manos de él y miró a su nuevo marido.

Si Dios quiere, encontrarán un camino más allá de su difícil comienzo para tener una unión feliz. Lo último que deseaba era un matrimonio como el de sus padres, uno solo por conveniencia que dejara a ambas personas igualmente miserables. Un nudo se formó en su garganta. Ella ya se había comprometido a un acuerdo peor, uno nacido de nada más que escándalo.

Tres



Caleb se sentó frente a Jane mirando por la ventanilla del carruaje. Él la había recogido de su dormitorio temprano esta mañana y la había llevado a su carruaje que esperaba, antes de que el sol hubiera coronado el horizonte. Cuando se levantó el sol, se habían marchado a Londres sin previo aviso, y habían transcurrido varias horas en el viaje. Al igual que la noche anterior, cuando la había dejado afuera de la puerta de su dormitorio, ninguno de los dos pronunció una sola palabra más allá de las bromas monótonas, sumándose a la incómoda atmósfera del carruaje. Se movió en su asiento, reajustando su rígida espalda y hombros.

Tal vez debería decir algo, pero ¿qué? Caleb no tenía idea de qué hacer con una esposa; en realidad, sabía perfectamente bien qué hacer, pero qué discutir, eso era algo completamente diferente. Él inclinó su mirada en dirección a ella, preguntándose qué haría ella ahora. Con un suspiro, se relajó contra el lujoso asiento de terciopelo. Parecía que no tenía por qué preocuparse por entretenerla después de todo.

A juzgar por la suave subida y bajada de su pecho, Jane se había quedado dormida. Permitió que su mirada vagara sobre ella desde los rizos negros y brillantes en la parte posterior de su cabeza hasta la comisura de sus labios ligeramente separados; luego bajó siguiendo la curva de su cadera hasta sus pies cubiertos de zapatillas que sobresalían de debajo de su falda. Por primera vez, él realmente la estudió, absorbiendo cada centímetro visible de piel cremosa y curvas femeninas. Siempre había pensado que ella era una solitaria sin complicaciones, su color era demasiado oscuro, las curvas femeninas eran demasiado pronunciadas y su personalidad deslucida no dejaba nada que el hombre pudiera desear, o incluso llamar su atención. No dudaba que si ella no fuera la hermana de Lord Shillington no tendría idea de quién era la mujer. Por así decirlo, los Shillington eran parte de su círculo. A menudo se encontraban en las mismas reuniones y compartían a varios conocidos y amigos, como el duque de Goldstone y la duquesa de Abernathy, que, como sucedió, le tenía bastante cariño a su nueva novia.

Él entrecerró sus ojos enfocándose en su cabello. Brillaba como ónix en la luz del sol que entraba por la ventana del carro. Sus dedos se crisparon con el repentino deseo de tocar los mechones cuidadosamente diseñados. ¿Encontraría las cerraduras suaves y sedosas? ¿Qué hay de sus labios? Él había pensado que se adelgazaban y tensaban en el pasado, pero ahora, mientras estudiaba el arco de su tranquilo gesto, deseaba sentirlos presionados contra el suyo. Relajados como ella, parecían exuberantes y flexibles. Apostaría a que eran dulces y flexibles también. El tipo de labios hechos para besar.

Apartó la mirada de Jane y se movió en su asiento. ¿Cómo diablos no había visto su belleza antes? Más importante aún, ¿cómo iba a garantizar su seguridad si estaba distraído por sus encantos femeninos? Simplemente tenía que mantener una distancia entre ellos.

La última vez que había sido responsable del bienestar de una dama había fallado miserablemente. Le dolía el corazón al recordar lo que permitió que le sucediera a su hermana. Maggie había estado en el bosque con él cuando llegaron a un río. Había un tronco sobre él y pensó que sería seguro cruzar el agua usando el gran trozo de madera.

Hizo retroceder sus emociones crecientes a medida que la memoria del pasado continuó su asalto. Un parche de flores silvestres crecía en la orilla opuesta y Maggie había querido recogerlas. Incluso ahora podía oír sus gritos, oler el agua y los sedimentos. Cerró los ojos con fuerza contra el doloroso recuerdo. Caleb perdió una parte de sí mismo, la más importante, cuando no pudo evitar que Maggie muriera.

Ya no era capaz de amar a alguien más, la terrible angustia que había experimentado lo acompañaría durante toda su vida. Tampoco confiaba en sí mismo para garantizar la seguridad de otra persona. Era la razón por la que alejaba la idea de una esposa, la razón por la que se consideraba un soltero perpetuo.

Los clubes de Londres, damitas y viudas solitarias, estaban a salvo. Ninguno de ellos requería que amara o que se preocupara por alguien que no fuera él mismo. Más bien, le dieron la bienvenida a su libertinaje, incluso lo alentaron, permitiéndole la libertad de adormecer su dolor o aplacar su aburrimiento, como solía ser el caso. Podría tomar una bebida fuerte y un juego amistoso de cartas en la actualidad.

No obstante, su rumbo estaba ya fijado. Le serviría mejor abrazar su nueva posición en la vida.

Su mirada se posó en Jane una vez más. De alguna manera tendría que hacer las paces con su situación. Renuncia a culparla por su mal juicio y mala dirección. Ella merecía tener un buen marido, uno honorable, incluso si él nunca pudiera amarla. Pero, ¿cómo diablos iba a hacer para cumplir el reto?

Los ojos de Jane se abrieron, su mirada se encontró con la de él. "Hace mucho frío", dijo en tono somnoliento mientras ponía las piernas en el asiento del carruaje, más cerca de su cuerpo.

Caleb recuperó una manta de debajo del banco de su carruaje y se sentó a su lado. "Ven. Pon tu cabeza sobre mí. Comparte mi calor." Extendió un brazo esperando que ella se acurrucara contra él.

Jane se mordió el labio, contemplando.

"No seas tonta. Estamos casados. No me hará daño mantenerte caliente. Él se acercó a ella.

"Por supuesto. Me temo que tomará algún tiempo acostumbrarme a ser una esposa. Se acomodó a su lado. Con la cabeza apoyada en su pecho, el cuerpo presionado contra él y las piernas acurrucadas en el asiento.

Un escalofrío lo recorrió mientras sus suaves curvas se moldeaban contra él. Ignorando el inquietante anhelo, extendió la manta sobre ella y luego la envolvió en su abrazo, prestándole calor a su cuerpo.

Inhaló el aroma floral de su cabello mientras le frotaba el brazo, calentándolo. Su estado civil le tomaría más de un rato acostumbrarse, aunque él podría acostumbrarse rápidamente a sentirla en sus brazos. "Ahí, ¿cómo es eso?"

"Mucho mejor. Gracias."

"Bien". Él la atrajo más cerca. "Duerme un poco más".



Mientras Jane yacía escuchando el latido del corazón de Caleb, sintiendo su calor, su abrazo, no podía dormir más que pensar con claridad. Su mente rebotó de una idea a la siguiente. ¿Debería ella revelarle que no habían hecho el amor? ¿Hacer una pequeña charla? ¿Fingir el sueño para evitar la incomodidad que los rodea?

Cerró los ojos y decidió que su último pensamiento era el mejor curso de acción. Aun así su mente seguía dando vueltas. ¿En qué estaba pensando él mientras la sostenía? ¿Encontró su figura demasiado llena? ¿Estaba terriblemente decepcionado por estar casado con una dama tan poco atractiva? Una parte de ella creía que debía ser así, ya que él había descuidado consumar su matrimonio la noche anterior, no es que ella también lo hubiera deseado. O más bien lo hizo, pero al mismo tiempo quería evitar que él descubriera cómo lo había engañado.

Su engaño no había sido intencional. Todo simplemente pasó demasiado rápido. Antes de que ella pudiera señalar que su virtud todavía estaba intacta, estaban discutiendo, luego Henry y los demás irrumpieron en su habitación. ¿Qué se suponía que iba a hacer ella?

Incapaz de resistirse, Jane alcanzó su punto máximo en Caleb. ¿La perdonaría por no hablar? Sus acciones la habían comprometido de todos modos como si él la hubiera desflorado. Él todavía estaba en su cama sin un poco de ropa y estaba atrapado medio vestido en su habitación.

Su mirada se encontró con la de ella y ella apartó la mirada, esperando que él no hiciera nada de ella mirándolo.

"¿Qué pasa, Jane?" Preguntó.

"Nada". Ella se mordió el labio. Por favor, no permitas que continúe con su pregunta.

Él le dio un ligero apretón. "¿Todavía estás terriblemente frío?"

Obligándose a mirarlo a los ojos, dijo: "No, ahora estoy mucho más cómoda". De hecho, su abrazo unido a la manta había ahuyentado completamente el frío de sus huesos. Se sentó, tirando de la manta alrededor de sus hombros. "Creo que ya no necesito descansar. ¿Podríamos hablar?"

"¿Qué quieres discutir?"

"Cualquier tema que no se considere educado servirá".

Él se rió y ella sonrió ante su propia ingeniosa respuesta.

"Me atrevo a decir que no puedo tolerar una conversación más sobre el clima o la próxima temporada".

Su sonrisa aterrizó en ella, enviando calor en espiral a través de ella. "Yo también estoy cansado de las bromas, aunque me temo que puedo conmocionar su delicada sensibilidad si hablo de algún tema descortés".

"¿Probarme?" Ella le dio su mejor sonrisa descarada. "Me gustaría mucho aprender sobre ti, tu pasado y cómo pasas actualmente tu tiempo".

"Todo Londres conoce mi reputación. No hagamos más en él para que no confirme que todo lo que ha oído es probable que sea cierto. Se recostó contra el asiento. "Creo que sería un tema de discusión mucho más interesante".

La decepción le pinchó el corazón. Ella no debería haber esperado ninguna otra respuesta del pícaro. De todos modos, ella había esperado descubrir que había más para él que su reputación. "Muy bien. ¿Qué quieres saber de mí?"

Se inclinó más cerca. "Cuáles son tus gustos".

Antes de que ella pudiera procesar sus palabras, sus labios fueron presionados a los de ella. Ella se puso rígida ante el inesperado beso sin saber qué hacer.

Caleb envolvió una mano alrededor de su cuello, acercándola a ella, inclinando su cabeza.

Ella se relajó bajo su protección, permitiéndose disfrutar de la suave presión de sus labios contra los de ella. Ella se deleitaba con su beso cuando él encontró su camino hacia su cama y

deseaba más de lo mismo. La forma en que había usado su lengua para sondear su boca y acariciarla con sus grandes manos le había prendido fuego a su sangre. Sí, ella quería esto, lo quería a él. Alentada, recurrió a los recuerdos de su primer encuentro, su primer beso, y separó sus labios invitándolo a profundizar más.

Él encontró su deseo con el suyo, acercándola más mientras profundizaba el beso. Se frotó la nuca de su cuello, añadiendo otra sensación deliciosa a las que ya la estaban recorriendo.

Ella gimió contra su boca, su cuerpo se debilitó cuando se entregó por completo.

Tan repentinamente como él había llevado sus labios a los de ella, se apartó. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. "¿Porque te detuviste?"

Se movió hacia el lado opuesto del carro. "Si continuamos, los querré todo. Apostaré que estás adolorida por nuestro encuentro anterior y no deseo causarte más incomodidad".

Una punzada de pesar la atravesó. Ella tragó saliva, no muy segura de cómo responder. Después de unos pocos latidos, abrió la boca para confesar. "Lo hicimos-"

"No discutamos el tema ahora". Metió la mano en un bolsillo de la puerta del carruaje y sacó un libro. "¿Te importaría leer en voz alta?"

Ella lo aceptó, abrió la página marcada y comenzó a leer. Tal vez lo mejor era mantener su boca ocupada y la mente distraída.

Cuatro

Jane se instaló en la casa de Kerry a la perfección. La mansión Jacobean se alzaba orgullosa con sus balcones de tres pisos a lo largo de South Audley Street en Mayfair. Para su gusto, la residencia estaba situada cerca de la casa de Henry y Claudia y no muy lejos de la duquesa Abernathy. Las habitaciones eran espaciosas y confortables, bien equipadas como uno esperaría que fuera la casa de un marqués. Además de su satisfacción general, el personal era agradable y estaba dispuesto a tomar instrucciones de ella como si siempre hubiera sido la señora de la casa.

Caleb también había sido generoso y atento. A su llegada a Londres, presentó a sus sirvientes y luego le hizo un recorrido por la mansión y las propiedades antes de dejarla para que se estableciera en sus propias habitaciones. Al entrar en sus nuevas recámaras, se detuvo, desconcertada por la combinación de colores oscuros.

"Oh". Miró a su alrededor desde las cortinas color carmesí a los cobertores de cama de color rojo oscuro y la lujosa silla de terciopelo de la misma sombra, la mayoría de ellas acentuadas con adornos dorados o borlas. Ella se tragó su disgusto. "Parece que a alguien le gusta el color rojo".

Caleb tuvo la sensatez de ignorar el comentario, mientras que Jane se negó a hablar de la razón obvia del desagradable esquema de colores. Estas habitaciones seguramente habían sido frecuentadas por su amante. Su estómago se revolvió al darse cuenta y se preguntó si él continuaría manteniendo a esa dama o si sería un marido fiel para ella.

"Si hubiera sabido que volvería con una esposa, me hubieran redecorado las habitaciones". Él se colocó a su lado y le puso una mano en la espalda. "Tienes permiso para redecorar cualquier habitación de la casa que te disguste".

Jane no deseaba cambiar su hermosa casa y se lo había contado, sin embargo, su conjunto de habitaciones era una historia diferente. Ella nunca se sentiría cómoda en los aposentos rodeados por los recordatorios de sus formas y de las mujeres que vinieron antes que ella.

Ella pasó la primera noche en una habitación de invitados con agrado, sola. A la mañana siguiente, Caleb organizó que ella eligiera material nuevo para las paredes, alfombras, muebles y ropa de cama, junto con otros accesorios y adornos para las habitaciones. Para el almuerzo, los trabajadores estaban transformando la recámara a su gusto.

Habían pasado dos días y habían logrado caer en una convivencia lúdica. Tomaron sus comidas juntos y Caleb pasó tiempo con ella por las tardes. Habían salido a caballo en Hyde Park, disfrutaron de los helados en Gunter's y pasearon por sus jardines personales. Por las noches rompieron sus ayunos juntos, antes de disfrutar de la música o la literatura en el salón.

Había empezado a pensar que él nunca lo haría, una idea que le dolía tanto como ella deseaba evitar su aflicción al descubrir su decepción, que también deseaba desesperadamente una familia

propia y un verdadero matrimonio.

Jane se dirigió a la sala de recepción donde Caleb estaba tumbado en un sofá cerca de una gran vidriera. Una de sus piernas largas y musculosas estaba apoyada sobre la rodilla de la otra, con un libro encuadernado en cuero que descansaba en sus manos. Ella se tomó un momento para apreciar la vista de él. Alto y delgado, bien musculoso con rasgos cincelados y cabello ondulado dorado. Era un espectáculo magnífico para la vista. No era de extrañar que se hubiera ganado tal reputación. Se imaginó que cada mujer que entraba en contacto con él se derretía bajo su toque. Ella ciertamente lo había hecho.

¿Cómo podría ella competir con su corte de damitas fáciles? Su pecho se apretó, las lágrimas amenazaban.

Toda su vida había sido ridiculizada y le había contado lo poco atractiva que era. Su color era demasiado oscuro, su figura demasiado curvilínea para estar a la moda y su estatura demasiado corta. En más de una ocasión le habían dicho que no podía darse el lujo de ser quisquillosa al elegir a un marido y que sería mejor servida para poner sus miras en blanco.

No habría Duques, Marqueses, ni Condes en su futuro. Tendría suerte si se casara con un barón, de acuerdo con su propia madre. Bueno, al menos en ese sentido todos se habían equivocado.

Una pequeña victoria, pero no obstante, era una pena que mamá no hubiera vivido para verla casada con un marqués. Sin duda le habría gustado mucho el partido, a pesar de tener que aceptar un escándalo.

Jane se adentró más en el salón. "Mi señor."

"Llámame por mi nombre", dijo en un tono ronco mientras bajaba el libro.

"Como deseas, Caleb." Ella permitió una sonrisa.

Le dio unas palmaditas al sofá junto a él. "Siéntate. Tengo noticias."

"Oh". Ella arqueó una ceja mientras se movía para sentarse a su lado. "¿Estás planeando mantenerme en suspenso?"

"¿Nadie te ha dicho alguna vez que vale la pena esperar por las mejores noticias?" Sus ojos brillaron en el caleidoscopio de la luz del sol de colores que entraba por la ventana.

"La paciencia es una virtud que nunca he poseído. Por favor, no me hagas rogar".

"Prefiero disfrutar cuando una mujer me suplica." Él se rió entre dientes, con una sonrisa iracunda inclinando sus labios llenos.

Ella frunció el ceño de una manera juguetona. "No te daré la satisfacción. De todos modos, no este día.

"Muy bien." Fingió decepción. "Supongo que terminaré tu tormento entonces, pero la próxima vez que deseas saber algo, esperaré un poco de mendicidad".

Ella se rió del tono burlón de su voz, así como de sus palabras escandalosas. "Lo tienes al revés. Eres tú quien desea decirme algo. Si no fuera por eso, no tendría ningún deseo de saberlo.

"Por mucho que disfrute cuando hablas con acertijos, prefiero no sentarme aquí discutiendo los méritos de lo equivocado que estás". Se puso de pie y extendió una mano para ayudarla a levantarse. "Permíteme mostrarte la respuesta que deseas tener".

Jane aceptó su ayuda, luego le permitió que la sacara de la habitación. Ella sostuvo su brazo mientras subían la escalera principal. Una vez que llegaron al descansillo, la tomó en brazos.

"Cierra los ojos ahora y no los abras hasta que te diga que tienes permiso para hacerlo". Sus ojos brillaban con malicia. "No hay trampa".

Ella obedeció, envolviendo sus brazos alrededor de sus hombros y apretando sus ojos cerrados. "¿Cuál es el motivo de esto?"

"Paciencia, cariño". Su respuesta fue baja y cerca de su oído, enviando un agradable escalofrío a través de ella.

Jane apoyó la cabeza contra su amplio pecho mientras intentaba evitar presionarlo con más preguntas. El latido constante de su corazón la calmó, haciendo que sus ojos se pusieran pesados. Aun así, su mente trabajaba a un ritmo febril en un intento por descubrir lo que él estaba haciendo. "¿Son mis habitaciones? ¿Están completas?"

"Ten un mínimo de autocontrol", respondió.

"Me temo que puedo carecer de la capacidad".

"Así parece. De todos modos, no tienes otra opción en este asunto".

Eso puede ser cierto. Sin embargo, ella no era ingeniosa. Podría haber precisamente dos razones por las que la trajo aquí: al pasillo que albergaba sus habitaciones privadas. Uno, sus habitaciones estaban listas. Su estómago comenzó a revolotear ante la alternativa. Él podría estar llevándola a sus habitaciones.

"Mantenlos cerrados por un momento más". Él la empujó un poco en sus brazos antes de dar unos cuantos pasos más largos. "Voy a ponerte de pie, pero no abras los ojos".

"Muy bien". Ella lo soltó.

Una vez que ella estuvo libre de su agarre, él la giró. "Ábrelos."

Ella experimentó una oleada de decepción momentánea antes de que la emoción barriera la persecución de la emoción anterior. "¡Ja!" Dijo victoriosa. "Estaba en lo correcto".

Él sonrió. "Usted es una dama inteligente, de hecho".

Se movió a través de su sala de estar recién redecorada hacia las habitaciones de su cama. Todos los artículos de color carmesí y oro llamativos habían sido reemplazados. Una alfombra de color crema suave cubría la mayor parte del piso. A lo largo de la pared del fondo, un escritorio de madera de cerezo había sido colocado cerca de un sillón de orejas rosa y crema. Un sofá tapizado en material rayado gris y rosa con un respaldo de madera tallada se colocó en la pared opuesta cerca del hogar. Cojines acentuados plateados descansaban sobre su cojín. El esquema de color continuó a lo largo del espacio, haciéndolo alegre y femenino.

Sus mejillas se calentaron cuando se acercó a su dormitorio. Se detuvo afuera de la puerta y miró a Caleb. ¿La seguiría dentro?

"¿Te complace?" Sus ojos bailaban, brillando como las estrellas de la noche.

"Más de lo que nunca imaginé. Todo se juntó tan maravillosamente".

Él dio un paso hacia ella, haciendo que su pulso se acelerara. ¿La besaría ahora? Ella esperaba que sí. Cuando él se acercó, ella separó sus labios en preparación.

Caleb le tomó la barbilla entre el índice y el pulgar, y la miró a los ojos. "Aunque ninguno de nosotros quería este matrimonio, quiero que sepas que tengo la intención de ser un buen marido para ti".

A falta de palabras, Jane asintió. ¿Podría ella creer sus palabras? Más importante aún, ¿cómo definió a un buen marido? La sinceridad en sus ojos la hizo desear confiar en él, pero ¿cómo podría ella? Todavía era un extraño y aún no habían consumado su unión. Además, sería negligente olvidarse de su reputación libertina. A pesar de todo, ella lo anhelaba.

La soltó y dio un paso atrás. "Te dejaré para que conozcas tus aposentos".

Su corazón se derrumbó hasta sus zapatillas mientras lo veía alejarse.

Cinco

Caleb no pudo evitar sentirse desconcertado por el efecto que Jane tuvo en él. La misma dama que una vez había considerado una chica introvertida poco llamativa ahora prendió fuego a su sangre. La forma en que ella coincidía con su ingenio, lo molestó a cambio y contrarrestó su acoso juguetón hacia ella que lo mantuvo entretenido y lo atrajo. Deseaba tomar su dulce boca con la suya por la única razón de reprimir sus inteligentes comentarios. Él encontró que ella era una fuente inagotable de diversión. Ella no se parecía en nada a cabezas huecas del montón. Jane poseía cerebro, buena apariencia y un gusto impecable. Al mismo tiempo, su cuerpo exuberante y honorablemente inocente, lo tentaron más allá de lo imaginable.

¡Dios! la deseaba.

La deseaba como él nunca había deseado a otra mujer.

Cada vez que sus cuerpos entraban en contacto, la pasión lo envolvía enviando un calor placentero y temblaba a través del núcleo de su ser. Había pasado innumerables horas desde su ceremonia de boda preguntándose cómo sería acostarse con ella y lamentando el hecho de que no podía recordar su relación anterior.

Una punzada de pesar lo golpeó con fuerza en el estómago. Apostaría a que no había sido tan amable esa noche, ya que se creía que estaba en celo con la viuda, no con una torpe virgen.

No obstante, lo que se hizo fue en el pasado y no había forma de volver atrás. Él rectificaría las cosas esta noche. Mostrarle lo maravilloso que podría ser el sexo. Él estaría atento y lento, usando todas sus habilidades para complacerla.

Caleb luchó contra el creciente deseo que lo envolvía. Ahora no era el momento. Él tenía que romper su relación con Dahlia, primero. Él no deshonraría a Jane acostándose con ella mientras aún tenía una amante.

Recibió su abrigo y sombrero del mayordomo antes de salir de la casa Keery. El sol lo golpeó calentándolo mientras montaba su corcel inclinado a llamar a Dahlia. Sin embargo, tenía toda la intención de romper su relación a su regreso a Londres, ahora que tenía una esposa era mucho más apremiante. Jane merecía algo mejor, ¡diablos! todas las mujeres merecían algo mejor que un marido que no podía o no sería fiel al lecho matrimonial.

Después de lo que su madre hizo pasar a su familia, no podía soportar más la idea de tener una amante y una esposa sin pensar en ir voluntariamente a la horca de Tyburn. Las viejas heridas se abrieron, la ira se filtró en sus poros al pensar en la madre y en cómo ella los había deshonrado a todos.

Ella se había escapado con su amante dejándolo a él, a Maggie y a su padre, solos. En ese momento, Caleb era poco más que un niño casi en pantalones cortos. Su padre se volvió insoportable después de que la madre se fue, siempre gritando o quejándose de cosas sin

importancia. Maggie fue puesta al cuidado de las niñeras, y Caleb sólo se aferraba a ellas porque el padre no quería a ningún niño. Ciertamente, no a la hija que tenía un parecido tan sorprendente con su esposa infiel.

Caleb había sido castigado en más de una vez por algo tan trivial como hacer una pregunta o usar el tenedor equivocado en la cena. A menudo se preguntaba quién había sido tratado peor, él mismo que era reprendido y castigado constantemente, o Maggie, quien el padre ignoraba por completo. Todos fueron miserables, el resultado final fue la ruptura de su relación. Maggie pasó a ser su consuelo final y Caleb se fue a Oxford, sin volver nunca la finca ducal.

Caleb estudió mucho y trabajó más duro, haciendo inversiones inteligentes con el subsidio que el padre le otorgó. También había convertido la condición de marqués en una explotación muy rentable. A Caleb no le importaba que eventualmente heredara el ducado y todo lo que venía con él. Su única preocupación en ese entonces era escapar y volverse autosuficiente. Algo en lo que había sobresalido a pesar de sus maneras libertinas, o tal vez debido a ellas.

La única responsabilidad de Caleb durante todos estos años desde entonces fue la administración de sus bienes y fondos. Un hecho que le permitió disfrutar de bebidas, juegos y mujeres. Algunas de sus mejores inversiones nacieron de una noche de juergas. Podía escuchar a alguien hablar de un negocio o alardear de sus últimas inversiones y utilizar la charla para su ventaja.

Algo que probablemente no habría estado haciendo si se hubiera casado antes o se hubiera quedado bajo el control del padre. No es que él pudiera soportar la idea del matrimonio. La sola idea de ser responsable de otro, una mujer en eso, lo enfrió hasta la médula. De hecho, no podía imaginar un escenario más aterrador, no después de lo que permitió que le ocurriera a Maggie.

Alejando las tristes reflexiones, Caleb condujo su caballo por el sur de Audley hacia la calle Grosvenor. Su aversión al matrimonio ya no contaba. En su forma actual, Caleb tenía una esposa. Con Jane llegó el deber de proteger y dejar atrás sus temores, ¡maldita sea!

Habiendo llegado a la discreta casa que había comprado para Dahlia, desmontó y arrojó sus riendas a un muchacho del estable. Parte de él, una parte muy pequeña, se arrepintió de lo que tenía que hacer. Dahlia había sido una amante muy complaciente y, a pesar de su lugar en la vida, era una buena mujer. Por lo menos, ella siempre lo había tratado bien.

Él había comprado la casa dos años antes como parte de su acuerdo. Debía proporcionarle alojamiento, un carruaje y caballos, así como un personal mínimo y una gran asignación mensual. A cambio, ella nunca lo alejó de su vida ni lo presionó por nada. En su lugar, le dio la bienvenida de buena gana y se adaptó a todas sus necesidades básicas cuando él le pedía que lo hiciera, hasta hace poco.

En los últimos tiempos, ella había estado haciendo comentarios indiscretos acerca de querer más tiempo y hacer pucheritos sobre cuánto tiempo pasaba lejos de ella.

En cualquier caso, él no amaba a Dahlia. Nunca lo había hecho y nunca lo haría. Ella no era más que un deseo pasajero y ambos entendieron que el suyo era un acuerdo entre personas que podían satisfacer las necesidades del otro. Ella necesitaba un protector y benefactor, en cuyas habilidades él había destacado. Había requerido que alguien calentara su cama y satisficiera sus deseos, a lo que ella demostró ser extremadamente buena. Ahora había llegado el momento de romper su contrato.

Cuando entró en su sala de estar, la encontró acurrucada en una silla cerca del fuego. Ella lo miró, una sonrisa lenta y seductora se apoderó de sus labios. "Cariño, te he echado de menos". Ella se puso de pie y se dirigió hacia él.

"No he venido por eso esta noche".

Alcanzándolo, ella envolvió sus brazos alrededor de sus hombros, entrelazando sus largos dedos a través del cabello en la base de su cuello. "Permíteme cambiar de opinión", dijo seductoramente, con un tono bajo y áspero.

"Debemos hablar". Le quitó los brazos y luego la llevó al sofá antes de tomar una silla de ala cercana.

"¿Al menos no te sientas cerca de mí?" Ella hizo un puchero.

Él niveló su mirada sobre la de ella. "No hay una manera delicada de decir lo que he venido a decir".

Se inclinó hacia delante, reduciendo la distancia entre ellos. "¿Algo está mal?"

Presionando el talón de su palma contra su frente, se masajeó por un momento. Él no tenía ningún deseo de angustiarla o lastimarla. Contrariamente a la creencia popular, él poseía la capacidad de cuidar, pero no de amar. Dos emociones completamente diferentes.

"Caleb, sea lo que sea, podemos arreglarlo". Ella lo observó con una expresión seria.

No había nada más que tener que ver con su razón para llamarla. Tragó saliva, preparándose para su reacción. "Comprometí a una dama mientras estaba lejos y me vi obligada a casarme con ella".

Dahlia exhaló, audiblemente mientras se relajaba de nuevo en el sofá. "¿Eso es todo? Me tuviste un poco preocupada por allí. Pensé que algo grave había ocurrido".

"Esto es serio. ¿No entiendes lo que dije? Estoy casado, con las piernas encadenadas, atrapado en la soga de los párrocos. La irritación se entrelazó en su voz.

"Ven ahora, Caleb, este no es el fin del mundo. Los señores casi siempre se casan con damas. Todavía continúan con sus vidas como de costumbre después de firmar el compromiso. Dahlia se acercó a él. Colocando su mano sobre su pecho, ella comenzó a frotar pequeños círculos. "No hay necesidad de que tu matrimonio afecte lo que tenemos".

Él puso su mano sobre la de ella, calmando sus atenciones. "Hay todas las razones. No puedo tener una amante y una esposa. Teniendo en cuenta que este último es un compromiso de por vida, debo romper nuestro acuerdo".

"No puedes estar hablando en serio". Ella se inclinó, presionando sus labios contra los de él.

Caleb cerró los ojos por un instante, sus labios permanecieron rígidos debajo de los de ella. Ella arrastró sus besos por su mejilla hasta su cuello.

Incapaz de tolerar mucho más, Caleb se puso de pie. "No hagas esto más difícil de lo necesario, Dahlia. No tengo ninguna intención de echarte a la calle. Mi abogado estará aquí mañana. Te aseguro que estarás preparada. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

"Caleb espera". Ella corrió tras él, agarrando la manga de su abrigo una vez que lo alcanzó. "Vamos a discutir esto más a fondo".

"No hay nada más que discutir". Él se encogió de hombros y se apresuró a esperar por su montura.

El viaje a casa le dio tiempo a Caleb para aclarar su cabeza. Él había hecho lo correcto para todos. Dahlia se daría cuenta con el tiempo. No faltaban compañeros que buscaban amantes hábiles y ella también era una belleza. No tardaría mucho en instalarse con otro compañero del grupo.

Apartó de su mente todos los pensamientos sobre Dahlia cuando entró en su habitación para fumadores, yendo directamente al aparador. Después de servir un vaso de brandy, lo hizo girar en el vaso de tallo corto. La deliciosa quemadura del licor mientras lo bebía ahuyentaba cualquier estrés restante. Dejando el vaso a un lado, abandonó la habitación. No sabía si Jane lo esperaba o no, pero no podía mantenerse alejado de ella por más tiempo.

Al llegar al umbral de su dormitorio, él golpeó la puerta de madera antes de empujarla para abrirla.

Se sentó en la cama y la manta se deslizó hasta su cintura, revelando su delgado vestido blanco. Su cuerpo reaccionó instantáneamente cuando se encontró impotente para mirar hacia otro lado, no es lo que deseaba. Era magnífica, con el pelo negro en cascada a su alrededor y los ojos dormidos de Paisley, por no mencionar sus curvas apenas ocultas y su tez rosada. Le tomó cada onza de control que poseía para no abalanzarse sobre ella como lo haría un león como una molleja.

"Q-qué estás haciendo". Ella le arrebató la manta a su pecho. "Quiero decir..."

Se dirigió hacia la cama. "Pensé que era hora de consumir nuestra unión".

Sus ojos se agrandaron cuando él se sentó en el colchón junto a ella.

"Mis disculpas, que salieron mucho más ridículas de lo que había imaginado que sería".

Ella desvió la mirada. "¿Pensaste en lo que podrías decir antes de entrar a mi habitación?"

"He pensado en poco más desde que dejamos el país".

El rubor cubrió sus mejillas y el cuello se profundizó. "Pensé que no estabas interesado en un verdadero matrimonio".

Por el contrario, amor. Quiero que nuestra unión sea larga y mutuamente satisfactoria. Él extendió la mano y le pasó el pulgar por la mejilla. "Por supuesto, si deseas que me vaya, lo haré".

"N-no, quédate".

Trabajó para quitarse las medias y luego se tendió en la cama junto a ella antes de abrazarla. Se detuvo cuando ella se puso rígida en sus brazos. "Lo siento de corazón si nuestra primera vez fue desagradable para ti. Prometo no traerte más que placer esta vez.

Sus labios se separaron y él aprovechó la oportunidad para capturarlos.

Seis

Jane se relajó bajo las delicadas atenciones de Caleb. Todo pensamiento huyó de su mente mientras él profundizaba el beso mientras le daba un masaje en la espalda. Estaba todo el calor y la fuerza presionada contra ella, tocándola, enviando placer a su estómago. Las sensaciones la dejaron completamente indefensa de la manera más deliciosamente malvada, ya que su lengua paró con la de él en igualdad de condiciones.

Alentada, deslizó los dedos por su mejilla y su mandíbula, trazando los contornos duros de su hermoso rostro antes de arrastrarlos por su pecho cubierto de lino. El deseo de sentir su carne la volvía loca.

Él se liberó de sus labios, arrastrando besos por su cara hasta su garganta. Él chupó y mordisqueó su tierna carne mientras aflojaba los lazos de su camisón. Empujando la muselina blanca de sus hombros, descubrió su cuerpo centímetro a centímetro cuando sus labios quemaron un rastro cada vez más bajo hasta que capturó uno de sus pezones.

Cuando él amamantó la tierna protuberancia, la pasión la envolvió por completo. Ella empujó sus manos en su cabello para mantenerlo en su lugar mientras se retorció debajo de él, un gemido escapó de su garganta.

Caleb movió su boca hacia su otro pecho, donde él continuó dándole vueltas y mamando, enviándola a una agitación total. Él se agachó, deslizando sus dedos sobre su vientre, a través de sus caderas, y entre sus muslos, enviando pulsos de deleite sensual a través de ella.

Mientras él acariciaba su tierna carne, ella suspiró su nombre. Levantó la cabeza, mirándola con ojos marrones blasonados.

Ella quería detenerlo, decirle la verdad, pero en ese momento, él cubrió su boca con la suya una vez más. Al segundo siguiente, su mano estaba entre sus muslos, acariciándola, avivando las llamas que amenazaban con reducirla a cenizas.

El placer y la necesidad eran tan vertiginosos, tan intensos, que habría hecho cualquier cosa por mantenerlo donde estaba. Ella tiró y tiró de su camisa, desesperada por sentir su piel sobre la de ella.

Caleb rompió su conexión para quitarse la camisa y quitarse los pantalones. Luego, en un instante, su piel caliente y resbaladiza presionó la de ella. Ella dejó besos en su garganta, deleitándose con el sabor salado de él y ansiando aún más.

Impulsada por una fuerza imparable, se permitió explorar su cuerpo, pasando sus manos por su pecho, a través de su estómago. La urgencia que sentía era mucho más fuerte de lo que podría haber imaginado. Las sensaciones se intensificaron diez veces desde su encuentro anterior.

Ella lo agarró, moldeando sus dedos en su erección, queriendo darle todo.

Él cubrió su boca con un beso que lo consumía antes de colocarse entre sus muslos. Cuando

la empujó hacia ella, ella se arqueó, deseando todo de él.

Un dolor candente se disparó a través de ella, reemplazando todo el placer que había estado momentos antes.

Caleb se puso rígido, su único movimiento fue el tic de su mandíbula.

Jane yacía debajo de él, el corazón latía con fuerza, los ojos muy abiertos.

Él salió de ella, luego abandonó la habitación sin mirar hacia atrás.

Su corazón se hundió como una piedra de molino. ¿Cómo podría él simplemente alejarse? ¿Ella significaba tan poco para él?



Caleb estaba sentado en una mesa de la esquina, junto a la de White, con un vaso de whisky en la mano. Luvington y el duque de Goldstone se sentaron con él, pero no pudo dejar de pensar en Jane el tiempo suficiente para prestar atención a sus amigos.

No importaba que Jane todavía estuviera intacta. Él la había comprometido de todos modos simplemente al estar en su habitación todas esas noches atrás. Aun así, importaba mucho porque, si lo hubiera sabido, podría haberle ahorrado el dolor que causó esta noche, ahorrarse el tormento que había sentido desde su primer encuentro.

¿Por qué diablos le había ocultado algo tan importante? ¿Lo había atrapado a propósito? Él no lo creía. Tal vez ella había temido que él no se casaría con ella si supiera la verdad.

Vació el contenido de su vaso en un largo trago antes de señalar otro. Sin duda él la había lastimado aún más lejos, pero ¿qué iba a hacer? La deseaba demasiado para quedarse.

Si se hubiera quedado, el hilo de control que evitaba que volviera a meterse dentro de ella se habría roto. Él habría consentido sus pasiones, arrebatándola por completo. Si él hubiera sabido de su estado de soltera, se habría movido más despacio, protegiéndola de un dolor excesivo y aumentando su deseo a un tono febril. Él la habría facilitado para que se unieran en lugar de desgarrar su cuerpo tierno.

No había nada para eso. Él había sido un bruto esta noche y, después de la forma en que se apresuró a unirse a ella, habría sido demasiado incómodo para ella si hubiera continuado. Ella no habría encontrado placer en el acto.

Caleb levantó un vaso fresco y vació su contenido en un trago largo. El whisky quemó un rastro familiar en su garganta y en su vientre, pero no hizo nada para mejorar su estado de ánimo ni para calmar sus pensamientos.

Luvington cubrió a Caleb bajo su mirada. "¿Qué te tiene tan hosco esta noche?"

"¿Y por qué diablos estás aquí cuando tienes una nueva novia en casa?", Agregó el duque de Goldstone.

Caleb, levantando un vaso fresco, miró entre las miradas desconcertadas de su amigo. "Quizás ustedes dos deberían explicar por qué no están en casa con sus propias esposas en lugar de preocuparse por la mía".

Con una sonrisa satisfecha, Goldstone habló primero. "Amelia y Sarah pasan tiempo juntas. Como saben, la duquesa y yo pasamos la mayor parte del tiempo en la finca ducal de Escocia. "Cuando llegamos a Londres, ella prefiere ponerse al día con sus amigos en lugar de pasar el tiempo conmigo, dejándome principalmente a mi propia suerte".

"Ahí lo tienen, viejo amigo", dijo Luvington. "Nuestras esposas están comprometidas de otra manera. ¿Qué hay de los tuyos?"

Caleb exhaló un profundo suspiro. "Parece que he hecho un lío de mi matrimonio".

"¿Cómo?" Luvington arqueó una ceja.

Caleb tamborileaba con sus dedos sobre la mesa entre ellos. "Preferiría no discutir el asunto".

"Hmm". Luvington tomó un sorbo de su vaso antes de apartarlo una vez más. "Entonces dínos qué piensas hacer al respecto".

"Ahí está el problema". Caleb se pasó la palma de la mano por la mandíbula. "No tengo ni idea de cómo rectificar la situación".

"¿Supongo que Lady Keery está un poco enojada contigo entonces?", Preguntó Goldstone.

"Estoy bastante seguro de que lo está", respondió Caleb. "En cualquier caso, tengo mucho que enmendar y no tengo idea de cómo lograrlo".

Luvington dejó su bebida con un ruido sordo. "¿Has considerado un regalo?"

"De hecho". El duque se lamió los labios. A las esposas les gustan los regalos tanto como a las amantes.

Caleb sopesó el mérito de sus consejos y, aunque dudaba que un regalo corrigiera los errores que había cometido, primero confundiendo su habitación con la de la viuda, Lady Sonya, y luego asumiendo que se había acostado con ella, en este momento no tenía mejores ideas "Muy bien. Me voy."

Cuando Caleb se levantó para irse, Luvington siguió su ejemplo. "¿Qué pretendes conseguir?"

Caleb miró alrededor de White, su atención se centró en la ventana de proa y la oscuridad más allá. "A esta hora de la noche, no tengo ni idea".

Goldstone le dio una palmada en la espalda. "Por suerte para ti, tengo algo perfecto en mente. Déjanos marcharnos.

Un corto viaje en un carruaje más tarde, Caleb se encontró sentado en el salón de Goldstone en Londres, Luvington compartiendo una silla con respaldo alto a su lado con su esposa mientras el duque y la duquesa se sentaban en un sofá frente a ellos. Una canasta de cachorros estaba en el piso entre ellos mientras su madre se encontraba cerca. "¿Cómo voy a saber si a Jane le gustan los perros?"

"Conozco muy bien a su esposa", dijo Lady Luvington con una sonrisa. "Ella es una querida amiga. Te aseguro que Jane le tiene mucho cariño a Mitsi y que estaría encantada de recibir a uno de sus cachorros".

La duquesa de Goldstone asintió con la cabeza. "Sin embargo, te advierto que no le des simplemente un cachorro a ella. No sé lo que hiciste para ganar su aflicción. Ella se detuvo, estudiándolo. "Pero puedo decirte que un regalo por sí solo no es probable que le gane el perdón. Sé humilde. Explica y discúlpate".

"De hecho." Caleb dirigió su atención a la canasta. Una pequeña bola blanca de pelusa lo miró mientras el resto dormía. "Supongo que te lo quitaré de las manos".

"Qué elección más encantadora". La duquesa se movió para buscar al cachorro antes de depositarlo en el regazo de Caleb. "Ese en particular es mi favorito. De hecho, había decidido guardarlo si ninguno de mis amigos íntimos deseaba reclamarlo".

"¿Por qué?" Caleb preguntó.

"Deseo verlo de vez en cuando", respondió ella. "Lo he estado llamando Scamp por su naturaleza curiosa, pero por supuesto, Jane puede nombrarlo como le plazca".

Caleb sonrió, encontrando diversión en la forma en que la duquesa hablaba del animal. "Supongo que debería irme".

"De hecho, y buena suerte". Lady Luvington ofreció una sonrisa compasiva mientras los demás se despedían.

Caleb se puso de pie, sosteniendo al perrito que se retorció cerca de su pecho. ¡Diablos!, esperaba que estuvieran en lo cierto. De lo contrario, lo cargarían con una bestia curiosa y una esposa enojada.

Siete

Jane miró por la ventana de vidrio de su sala de estar personal. Había pasado el resto de la noche, después de que Caleb abandonara su habitación, entre un sueño inestable y un odio a sí misma mezclada con aflicción. No quedaba ninguna duda de que ella debería haberle dicho la verdad hace mucho tiempo, de todos modos, él no debería haberla abandonado la noche anterior. Esta mañana su corazón estaba cargado de multitud de dolores y rabia.

Por un momento al despertar, ella había considerado buscarlo. Obligándolo a discutir lo que había sucedido y lo que no había sucedido entre ellos. Deseaba superar su comienzo brusco y forjar una verdadera unión. Aun así, no podía perseguirlo cuando él había estado tan frío.

Cierto, ella se había equivocado al permitirle creer que ya habían compartido una cama, pero él también se había equivocado, desde el principio. Había sido grosero, odioso y torpe. Fue él quien puso en marcha toda su relación y ahora pensó que simplemente podía alejarse. Ella no sabía qué hacer, pero una cosa era segura, ella no iría a él. No habría mendicidad.

Su orgullo se negó a permitir que ella se humillara en este aspecto particular.

Rap, rap, rap.

Su corazón dio un vuelco cuando ella gritó: "Entra".

Caleb entró en la habitación y giró la cabeza para mirar por la ventana, mostrándole una dosis de la fría indiferencia que le había otorgado la noche anterior.

"He venido a hacer las paces". La pesada caída de sus botas llegó a sus oídos cuando se acercó. "Cariño, ¿no me miras, por favor?"

Ella se puso rígida, levantando su barbilla una muesca. ¿Cómo se atreve a llamarla "cariño" después de tratarla como una ramera? No, ella no le concedería la satisfacción de mirarlo. Tampoco le hablaría.

"Me arrepiento de cómo sucedió anoche. Si lo hubiera sabido, podría haber hecho nuestra unión mucho más placentera".

Su voz se acercó más.

Las lágrimas pincharon en el fondo de sus ojos, pero ella se negó a soltarlas. Ella no le permitiría la satisfacción de presenciar su dolor.

Caleb le puso una mano en el hombro. "Por favor, déjanos discutir esto".

Jane ignoró la inclinación a disculparse por no decirle que seguía siendo una doncella. Si bien ella no podía negar su papel en los eventos de la noche anterior, no admitiría su culpa hasta que él reclamara lo suyo, que en su opinión eran mucho más importantes. No se le escapó que aún no había ofrecido una disculpa.

"Te traje un regalo."

Ah. Como si un regalo frívolo compensara sus malos tratos.

"¿No vas a echar un vistazo?" Caleb acentuó su tono suave, lleno de arrepentimiento.

Su corazón dio un tirón y luchó contra las ganas de volverse hacia él. Le debía más que un tono arrepentido y un presente. Ella quería su sincera disculpa junto con una explicación. Decidirse por menos no era una opción que estaba dispuesta a tomar.

"Muy bien". Dejó algo en el suelo junto a su silla, pero ella no se atrevió a mirar para ver qué era. "Te dejaré en paz. Cuando estés lista para verme, estaré en mi oficina".

Ella tragó más allá del nudo que se formaba en su garganta. A medida que su pie caía desvanecido, dejó que las primeras lágrimas cayeran.

Los gemidos atrajeron su atención y ella se agachó para descubrir una cesta con un paño azul que lo cubría. Más ruido vino de dentro, susurrando y gimiendo. ¿Qué demonios le había traído?

Con movimientos medidos, se agachó y luego sacó la tapa de la cesta sin estar segura de lo que encontraría dentro.

Un mullido y blanco cachorro la miró fijamente, con la punta de su rosada lengua sobresaliendo de su boca. Jane se agachó para recuperar el cachorro y luego lo llevó a su regazo. "Bueno, ahora eres una agradable sorpresa". Ella acarició la piel sedosa del animal. "Todavía estoy enfadada con su señoría, ya sabes".

El cachorro emitió un sonido gutural como si estuviera de acuerdo con ella. "Ahí, ahí. No te mostraré mi ira. Ella la calmó con la voz y las manos.

El cachorro se acomodó en su regazo, meneando la cola. "¿Cómo debería llamarte?" Ella reflexionó, levantando al cachorro para mirar sus ojos color coco. "Tal vez, esperaré a determinar tu personalidad antes de darte un nombre oficial".

La lengua áspera y húmeda de la perra salió corriendo lamiendo su mejilla.

Jane se rió por un momento antes de bajar al cachorro de vuelta a su regazo. Al menos alguien en la casa Keery la querría de verdad.



El abogado de Caleb entró en su oficina. "Buenos días, Su Gracia". El hombre mayor y delgado saludó un brillo en sus ojos.

Temo que te hayas vuelto loco. Su Gracia es mi padre, como usted bien debería saber. Caleb miró al hombre con suspicacia desde su lugar, detrás del escritorio.

El abogado negó con la cabeza con vehemencia. "No ha habido ningún error".

La sangre en las venas de Caleb se congeló. ¿Podría ser verdad? ¿Acaso el padre finalmente había encontrado su fin?

Una vez amó y admiró mucho al duque. Incluso ahora él más culpaba a la madre que al padre por lo que había sucedido. ¿Por qué entonces se sentía tan deprimido?

Esta distracción no era lo que debía estar haciendo en este momento. Caleb salió de su meditación y señaló una silla. "Siéntate. ¿Dime lo que pasó?"

El señor Franklin tomó el asiento ofrecido con una débil sonrisa. "Me disculpo por sorprenderte. Tenía la impresión de que el abogado de tu padre te había contactado".

¡Maldita sea! El padre realmente debe haberse ido. ¿Qué diablos haría Caleb con una nueva esposa y el ducado? No esperaba encontrar las propiedades del padre en la mejor forma. Por lo que había sabido de él a lo largo de los años, el padre se interesó poco en sus posesiones después de que la madre se escapó, su abandono del ducado sólo se multiplicó a medida que pasaron los años. El administrador de la finca lo manejaba todo y la fortuna de su padre había estado menguando supuestamente a un ritmo rápido.

Parece que el difunto duque se enfermó. Los médicos trataron de curarlo, pero después de una noche cayó en un sueño profundo. Dos días después, murió. El señor Franklin hizo una pausa. "Lo pusieron a descansar en el cementerio familiar en Highlawn Park hace tres días. Usted es su heredero, y como tal ha heredado el título, las tierras y todo lo demás que acompaña al ducado".

"¿Soy el duque de Valtry?" Caleb reflexionó ante la idea de ello.

Siempre había sabido que algún día el padre ya no estaría. En su juventud había sido preparado para hacerse cargo del ducado, incluso con ganas de hacerlo, pero todo eso cambió cuando la madre se fue. La muerte de Maggie apagó aún más su deseo de convertirse en el duque de Valtry.

"En verdad lo es, Su gracia".

Caleb le hizo una señal a un sirviente cercano. "Trae dos copas de brandy".

Cuando el sirviente se acercó con las bebidas en una bandeja de plata, Caleb levantó una y le indicó al señor Franklin que tomara la otra. Después de tomar un trago del licor calmante, Caleb se reclinó en su silla, tan listo como siempre estaría para aceptar sus nuevas responsabilidades.

Escuchó atentamente mientras el señor Franklin continuaba dándole toda la información que Caleb necesitaba saber.

"Tengo todo en orden, Su Gracia. Todo lo que necesitas hacer es asumir las responsabilidades de su nuevo título".

"¿Eso es todo?" Caleb levantó una ceja. Por como sonaban las cosas, había mucho más que eso para hacer. Necesitaría visitar Highlawn Park de inmediato. Una reunión con los sirvientes superiores y el administrador era imperativa. Habría libros para repasar, innumerables libros de contabilidad, inquilinos a quienes atender, y Dios sabe qué más.

El señor Franklin asintió, luego se puso de pie. "Me iré ahora. Si necesita algo, sabe dónde encontrarme.

Caleb retribuyó el saludo. "Buenos días". Se relajó en su silla en el momento en que el señor Franklin salió de la oficina.

Haciendo girar el brandy en su copa, intentó idear su próximo movimiento. ¿Debería decirle a Jane? ¿Pedir que venga a Highlawn Park? No es que él la culpara, pero después de la fría recepción que le dio esta mañana, estaba bastante seguro de que no deseaba acompañarlo.

Tal vez eso era lo mejor. Él se preocupaba demasiado por ella. La distancia les permitiría a ambos un espacio muy necesario. Quizás una vez que regresara pudieran establecerse en una convivencia de contenido. Por lo menos, Jane estaría más abierta a hablar con él para entonces, al menos él esperaba que lo fuera.

Caleb vació el vaso corto al vapor y luego convocó a un sirviente. "Preparen mis cosas y mi carruaje al mismo tiempo. Deseo partir a Highlawn en dos horas.

"Sí, Su Gracia".

"¿Qué es este asunto de Su Gracia?" Luvington entró en la oficina cuando el sirviente se fue.

"Una mejor pregunta puede ser: ¿cómo conseguiste que mis sirvientes te dejaran pasar sin problemas a mi oficina?" Caleb solo bromeaba a medias. Su estado de ánimo se agrió más cada vez que alguien lo halagaba.

"Me enorgullezco de no ceder nunca". Él sonrió. "En cuanto a tus sirvientes, están acostumbrados a mi presencia y no piensan en mí preguntándome". Luvington señaló su propia copa de brandy.

"Tendré que cambiar las opiniones de mi sirviente hacia ti. Pero primero debo ir a Highlawn Park.

Luvington arqueó una ceja. "Has hecho todo lo posible para evitar la finca durante años".

"Evitar la situación ya no es una opción. He heredado el título de mi padre. "Caleb tomó un largo trago de su brandy. "Me voy hoy".

"¿Y qué hay de tu duquesa?"

Caleb dejó su vaso sobre el escritorio. "Ella se quedará aquí, en Londres".

"¿Quieres que te acompañe?"

"No." Caleb agradeció la oferta. Sin embargo, no requería un sirviente enfermero.

Los demonios que había dejado en Highlawn Park eran solo suyos. Tener a Luvington allí, vigilándolo, los haría más difíciles de tratar. Tuvo que enfrentar su pasado por su cuenta.

Ocho

Jane leyó la nota que Caleb le había dejado por séptima vez en tantos días. No importaba cuán a menudo ella asimilara las palabras que él había escrito, la incredulidad permanecía sentada en su corazón y en su mente.

Querida Jane,

Mi abogado hizo una llamada temprano esta tarde. Mi padre falleció dejándome como el duque de Valtry y tú la duquesa. Por así decirlo, la finca no se ha cuidado adecuadamente en años. Me he ido a Highlawn Park para ver mis nuevas responsabilidades.

Hasta que nos encontremos de nuevo,

Caleb

¿Cómo podría haberla abandonado una vez más? Seguramente, la sinceridad que ella creyó escuchar en su voz cuando él se acercó a ella en su sala de estar había sido producto de su imaginación, porque si realmente deseaba reparar la brecha entre ellos, no la habría dejado por tercera vez.

Su corazón estaba pesado, por lo que le era difícil respirar. ¿Sería este el camino de su matrimonio? ¿Alguna vez tendría la familia con la que había pasado tantas horas soñando?

Jane soltó una lágrima y dejó caer la nota en su escritorio. Recogiendo a su cachorro, abandonó la habitación. Ella había aceptado una invitación para tomar el té de su cuñada Claudia, el día anterior y no tuvo tiempo para quedarse.

La idea de salir tenía poco atractivo en la actualidad. Sin embargo, iba a ser una pequeña reunión, Claudia, Sarah, Lady Luvington, Grace, la duquesa de Abernathy y Amelia, la duquesa de Goldstone, al igual que ella.

La idea no hizo nada para mejorar su estado de ánimo. No obstante, no podía rechazar más una invitación de Claudia que era de su familia. Sería un desaire en contra de su propia familia, algo que ella nunca haría.

Llevando a su cachorro en la canasta en la que lo había recibido, Jane se dirigió a la puerta principal donde tomó su sombrero, redecilla y pelisé del mayordomo.

Tal vez, le haría bien estar entre amigos. Decidió al menos intentar y divertirse mientras salía de la casa.

Un corto viaje en carruaje más tarde, se encontró sentada en el salón de Claudia y Henry, tomando té con sus amigos.

"Me complace ver que te traen adelante, Scamp". Amelia sonrió. "Es decir, lo llamé Scamp, pero eso no significa que hayas adoptado el nombre. Dime, ¿Cómo has decidido llamar la pequeña bestia?"

Jane acarició el suave y blanco pelaje del cachorro. "Todavía no me había decidido por un

nombre. Pensé que era prudente conocerlo primero para poder elegir un nombre que se ajustara a él. Levantó la bola de pelo y lo miró a la cara. "Yo declaro que Scamp es el nombre perfecto. Es un cachorro muy curioso y problemático en la forma más entretenida".

"Tenía la misma impresión de él". Amelia extendió la mano y le dio unas palmaditas en la cabeza a Scamp.

El cachorro dio una baja sucesión de ladridos y se retorció en la mano de Jane.

Después de dejar a Scamp abajo, alcanzó una dulce torta mientras Grace contaba un poco de chismes que había leído en *The Times* esa mañana. Parecía que uno de los señores más buscados de Londres había sido llevado a la quiebra.

Jane mordisqueó su pastel mientras Grace continuaba relatando la historia, y tomó un sorbo de té mientras los demás discutían el partido, teorizando sobre cómo se produjo. Jane trató de atraer algo de interés, propuso algo que decir sobre el tema, sin embargo, su mente seguía dando vueltas hacia Caleb. Por qué la había dejado y qué estaba haciendo ahora. Se volvería completamente loca si se quedara mucho tiempo en ella.

Estás bastante callada, Jane. ¿Hay algo mal? "Preguntó Claudia.

Jane levantó la vista de su taza de porcelana. Se había perdido en sus pensamientos al mirar el líquido ámbar. "Sí... No... No estoy segura realmente".

Grace palmeó la mano de Jane, su mirada cálida y sincera. "Estamos aquí para ti, querida. Solo tienes que decirnos qué está ocurriendo y nosotros te ayudaremos a resolver el problema".

"Muy cierto". Las otras damas estuvieron de acuerdo.

"Permítenos ayudar", agregó Claudia.

Jane inspiró profundamente y transmitió sus problemas a sus amigas. Ella dejó de lado los detalles más íntimos, pero les dio suficiente para que comprendieran lo que había sucedido.

"Lo siento mucho, Jane. ¿Por qué no me confiaste esto a mí o a Henry antes de casarte con Su Gracia? Con tu virginidad intacta todavía tenías opciones".

"Me perjudiqué a pesar de todo. La condesa presenció a Caleb medio desnudo en la habitación de mi cama. Nadie hubiera creído que permaneciera casto, e incluso si lo hicieran, ningún caballero de buena reputación, señor o de otra manera, me hubiera tenido con un escándalo tan grande que ennegrece mi reputación".

"Supongo que tienes razón. Aun así, desearía que no fuera de esa manera".

"No te lamente por mis elecciones perdidas. Honestamente, me complace tener a Caleb como mi esposo. Lo único que lamento es que él no se preocupa por mí. Siempre había esperado un encuentro de amor como todos ustedes". Miró tímidamente a Grace. "Mis disculpas."

"No hay necesidad de todo eso. Tuve mi pareja de amor hace años." Grace tomó un delicado sorbo de su té.

"¿Qué te hace estar tan segura de que Su Gracia no se preocupa por ti?" Sarah preguntó, con expresión tierna.

"Me ha abandonado dos veces."

"Los hombres son una especie diferente todos juntos. Debemos aprender sus matices y permitir que no piensen como nosotros. Tal vez le importa mucho y simplemente no puede transmitirlo. Amelia sacudió las migas de sus manos cubiertas de guantes. "Puede que ni siquiera se dé cuenta todavía".

"Puedo dar fe de lo acertada que es Amelia en ese aspecto". Sarah sonrió con amabilidad.

"¿Le has transmitido tus sentimientos? ¿Le has dicho lo que quieres de tu unión? Grace dejó su taza de té a un lado.

"No, no lo he hecho."

“Los hombres hacen a los lectores de la mente absolutamente peores, querido. Lo intentan, pero generalmente fallan miserablemente. Nos corresponde a las damas asegurarnos de que se conozcan nuestras necesidades”. Grace sonrió con simpatía.

Jane reflexionó sobre las palabras de Grace. ¿Haría una diferencia si le dijera a Caleb lo que deseaba?



Caleb hizo todo lo posible por concentrarse en los libros de propiedades. Aun así, los pensamientos de Jane continuaron surgiendo. No pudo evitar preguntarse si ella también estaba pensando en él. ¿Se había enfriado su ira? ¿Le daría la bienvenida a casa cuando regresara? ¿Deseaba que él regresara o se había acomodado en su propio patrón de vida separado de él?

No era tan raro que las parejas casadas tuvieran residencias separadas. En general, primero tenían una herencia y un repuesto, pero de todos modos, tales arreglos fueron aceptados entre la élite de la sociedad. La cautela se instaló dentro de él. ¿Jane deseó tal arreglo?

Cerró los libros de contabilidad, sacudiendo los pensamientos. Había pasado una noche desde que se fue a Highlawn Park y quedaba mucho por hacer. Si deseaba volver pronto a Londres, tenía que dejar de pensar en cosas de las que no podía hacer nada en ese momento.

Caleb se dirigió a los establos y ordenó ensillar a su semental y convocar al administrador de la finca. Él inspeccionaría las dependencias hoy y si su racha de suerte se mantenía, las encontraría en buen estado como lo había hecho en la casa solariega. Puede que el padre no haya manejado las cosas adecuadamente, pero parecía que tenía un administrador capaz.

Sentado a horcadas sobre su caballo, Caleb esperó a que el mayordomo y el Sr. Zeal se reunieran con él. Entrecerró los ojos ante los brillantes rayos del sol, mirando la vasta finca que ahora le pertenecía. Se detuvo cuando su mirada aterrizó en un árbol de sauce en la distancia.

Él y Maggie jugaban dentro y alrededor del viejo árbol. En sus últimos años, después de que la madre se fuera, buscarían seguridad dentro de la cubierta que proporcionaban sus largas ramas.

"Atrápame si puedes." Maggie se rió mientras corría hacia el árbol. Sus rizos rubios rebotaban sobre sus hombros, soltándose de sus alfileres mientras corría por el césped.

Caleb echó a andar, llamándola. "Las damas no corren, pequeña salvaje".

"No tengo ningún deseo de ser una dama". Ella regresó mientras se lanzaba hacia las largas y caídas ramas del árbol de sauce.

Entró en el refugio de los árboles a tiempo para verla correr por sus ramas más anchas para posarse contra el tronco. "¿Qué te hace decir tal cosa, Mags?"

Ella le sonrió. "Hay poca diversión en la propiedad. Las damas no corren ni trepan a los árboles. Se espera que obedezcan y se comporten en todo momento. Por el amor de Dios, a las mujeres ni siquiera se les permite tener cerebro".

"Cambiarás de opinión cuando crezcas", dijo con confianza. "Eventualmente, desearás casarte".

"Nunca."

Caleb se rió entre dientes al recordar. Maggie había sido una chica tan alegre. No tenía dudas de que si le hubieran dado la oportunidad, ella habría abierto un camino a través de la sociedad tanto como dama como para marimacho. El dolor se apoderó de él e hizo que se formara un nudo en su garganta. Si solo no le hubiera permitido cruzar el maldito río.

"Su gracia".

Caleb se volvió hacia su mayordomo que se acercaba. "Señor Zeal. Él asintió. "Empecemos por la casa de verano. En el camino, puede informarme sobre las reparaciones que ya sabe que son necesarias".

El Sr. Zeal le dio un codazo a su caballo, siguiendo a Caleb. "El difunto duque me dio la gestión completa de la finca, pero el presupuesto que él proporcionó para el mantenimiento era bastante pequeño. He hecho mi mejor esfuerzo, optando por mantener los edificios principales a expensas de otros. La casa señorial y los establos recibieron la mayor atención".

"Deseo tomar una mano activa en las fincas rápidamente. En lugar de proporcionar un presupuesto para el mantenimiento, debe enviarme los informes. Después de lo cual evaluaré las necesidades y pagaré los gastos".

El señor Zeal asintió. "Encontrará la casa de verano que necesita reparaciones exteriores. El interior se ha mantenido bastante bien".

La casa apareció a la vista, causando que otro recuerdo golpeará a Caleb, retorciéndose las entrañas con un disgusto olvidado hace mucho tiempo.

Al sonido de los gritos de la madre, Caleb se acercó. El sonido entrecortado emanaba de la casa de verano. Seguro que ella necesitaba un ayudante, él aceleró el paso. "Mamá". Abrió la puerta y se quedó paralizada.

La madre se recostó en una tumbona, su corpiño se bajó para revelar sus pechos y faldas hasta la cintura. Un hombre entró en celo entre sus muslos, pero no era padre.

Su fría mirada se encontró con él y entrecerró los ojos.

Caleb huyó de la casa sin saber qué hacer. Más tarde, mamá se acercó a él y lo regañó por espiar.

"Pensé que estabas herida. No estaba espiando, mamá. Vine a salvarte.

Su rostro se enrojeció y los ojos se entrecerraron peludos. "Deja de mentir." Ella encajó las orejas. "El peor error que he cometido fue casarme y dar a luz". Se alejó de él, dejándolo solo y confundido.

Caleb dirigió su atención al Sr. Zeal. "Lo han derribado. Encargaré una nueva para construirla. Caleb echó un vistazo a la tierra. Le encargó que se construyera en un lugar diferente de la finca, lejos de los recuerdos de la traición de su madre.

"Muy bien, su gracia".

Continuaron hasta el siguiente edificio, enumerando lo que había que hacer, luego el siguiente y así sucesivamente hasta que Caleb había hecho un inventario de todos ellos. Por lo que había visto, el Sr. Zeal era un mayordomo capaz y se le podía confiar que se ocupara de las reparaciones.

Habiendo regresado de su tarea, Caleb desmontó y arrojó sus riendas a un chico cercano.

"Prepararé un informe y se lo enviaré esta noche, Su Gracia", dijo el Sr. Zeal.

Caleb asintió y comenzó a alejarse, pero se detuvo en seco pensando en una última cosa. "Señor Zeal".

"Sí, Su Gracia".

"Quiero un puente construido sobre el río de inmediato. Uno lo suficientemente resistente como para soportar las aguas cuando son altas y se mueven rápido".

"Como desee, Su Gracia".

En una necesidad desesperada de una bebida fuerte y soledad, Caleb caminó apresuradamente hacia la casa. No podía volver atrás y salvar a Maggie de lo que podía separar el mar, pero podía estar seguro de que nadie más en la finca se encontraría con el mismo destino

que ella tuvo.

Nueve

Jane aminoró el paso mientras se acercaba al umbral de la biblioteca en Highlawn Park. Se acercó a la pared y se detuvo justo afuera de la puerta. Acercándose a la esquina, vio a Caleb sentado en una silla cubierta de brocado cerca del fuego. Tenía la cabeza inclinada y algo en la mano.

Su ritmo cardíaco se aceleró. ¿Y si no deseaba verla?

Dejó que sus ojos se cerraran y respiró hondo. Este no era el momento de ser un cobarde. Su matrimonio estaba en juego y ella había resuelto salvarlo. El cielo la ayude, ella amaba a su marido. La realidad se estrelló contra ella poco después de salir de Londres. Ella no deseaba vivir separada de él. No hay ganas de discutir con él. Forzándose a abrir los ojos, dio su primer paso tentativo en la habitación.

Él ni siquiera se inmutó cuando ella entró más lejos en la habitación. "Caleb".

Su cabeza permaneció inclinada, el cuerpo inmóvil como la piedra.

Sus latidos se aceleraron. ¿Qué le pasó a él? Olvidando sus propios nervios, ella se apresuró a su lado. Todavía no la miró, no se movió. Ella miró por encima de él, su mirada se detuvo en la miniatura que él tenía en sus manos. Una mujer.

Poniendo una mano en su hombro, ella dijo, "Caleb. La dama de la foto, ¿quién es ella?"

Después de varios latidos del corazón, él la miró. Quedó sorprendida por la pena que presenció en las líneas finas de su hermoso rostro. Sus ojos estaban apagados y sombríos y su boca era una línea recta y pensativa.

"¿Qué es lo que pasa?" Preguntó ella, mirándolo a los ojos.

"Maggie, mi hermanita." Su voz sonó hueca.

"¿Le ha pasado algo?"

Caleb dejó escapar un profundo suspiro, volviendo su atención a la miniatura. "La maté".

Jane se sobresaltó, su aliento atrapado. Seguramente, ese no fue el caso. "Dime lo que pasó, Caleb. Estoy seguro de que su muerte no fue cosa tuya.

Frotó su pulgar sobre la foto. "Ella sólo tenía diez años. Tenía diecisiete años y estaba a cargo de cuidarla. Te lo aseguro, fue mi culpa.

El corazón de Jane se estrelló contra sus costillas. "No. Caleb, no puede ser. Por favor, dime lo que pasó".

Sus hombros temblaron como si luchara por el control a punto de romperse.

Jane se frotó un círculo perezoso en la espalda. Simplemente no pudo haber matado a su hermana. "Estoy seguro de que no tienes la culpa. Tú no eras más que un niño.

"Maggie quería ir a caminar por el bosque y la consentí como siempre lo hacía. Hubo mucha lluvia los días anteriores. El terreno estaba blando y el río crecido". Se interrumpió, volviendo su

atención a la miniatura.

"¿Y luego qué?" Jane le instó a seguir adelante, despreciando la forma en que su voz temblaba.

"Un gran árbol había caído al otro lado del río. Un parche de flores silvestres crecía en la orilla opuesta, y Maggie deseaba recogerlas. Probé el árbol, reboté en él varias veces. Parecía robusto, un buen sustituto para un puente, así que le concedí permiso para cruzarlo." Cerró los ojos por un momento antes de continuar. "Ella perdió el equilibrio y se deslizó en el río. Todavía puedo escuchar sus gritos mientras el agua que se corría velozmente se la llevó".

Le echó un vistazo a Jane. "Corrí por la orilla, persiguiéndola, pero antes de que pudiera salvarla, el agua la barrió de la vista. Debería haber saltado tras ella. Debería haberla salvado.

El corazón de Jane se astilló. "Habrías perecido junto a ella. ¿No ves que no hay nada que pudieras haber hecho?"

"Ella era mi responsabilidad y le fallé. Es lo mismo que si la matara con mis propias manos".

—No, Caleb, la amabas. No importa lo que hayas hecho, ella habría muerto. No fue tu culpa. Ella le dio un beso en la corona de la cabeza. "Debes perdonarte a ti mismo".

"¿No me crees un monstruo?"

"No te hubiera perseguido si lo hubiera hecho."

Caleb se arrodilló ante ella y envolvió sus brazos alrededor de su cintura, apoyando su cabeza contra su vientre. "¿Has venido aquí por mí?"

No muy segura de lo que estaba pasando, ella colocó sus manos con ternura sobre su espalda. "Soy tu esposa. Por supuesto que vine por ti".

Se estremeció contra ella, respirando con dificultad. "Nadie ha venido después de mí. Todos se van. Ciertamente no te he dado ninguna razón para cuidarme".

Se agachó hasta que también se arrodilló en el suelo y apoyó la cabeza sobre él. "Me preocupo mucho por ti".

Calebladeó la cabeza y la miró a los ojos. Por un largo momento él la miró a los ojos, una oleada de emociones cruzando a través de sus profundidades: incredulidad, pena, pesar, asombro, alegría.

Él capturó su boca besándola suavemente, jugando con sus labios.

El propio desconcierto de Jane por lo extraño que estaba actuando le impedía resistirse.

En otro momento yacían ante el fuego, su cuerpo apoyado sobre el de ella. Él lamó la parte de sus labios y ella se abrió hacia él, su beso se hizo más profundo a una intensidad que destrozaba el alma.

Caleb le puso la mano en el pecho, lo acunó y retrocedió. "Lo siento por cómo me he comportado. Si pudiera volver, lo cambiaría todo. Tratarlo como a una diosa desde el principio. Dios, he sido un tonto".

"Eso es todo lo que quería escuchar de ti el día que me trajiste a Scamp. También me equivoqué, pero mi terquedad me negó a permitirme aceptarlo".

"Dejemos todo esto atrás. Permítame ser un buen esposo para ti, mi bella, ingeniosa e inteligente esposa.

Ella no podía luchar contra su sonrisa. "No quiero nada más".

Él cubrió sus labios con los suyos una vez más, dándole un beso que lo consumía todo lo que le rogaba por más y amenazaba con incinerarla al mismo tiempo.

Su cuerpo saltó a la vida debajo de él, las terminaciones nerviosas crepitaban, el corazón latía con fuerza. La pasión en espiral a través de su agrupación en su centro. Incapaz de ayudarse a sí misma, Jane alcanzó sus pantalones.

"Espera". La mirada de Caleb se clavó en la de ella, ardiendo con un deseo compartido. "Esta vez quiero hacerlo bien".

Él besó su cuello hasta los hombros de ella, bajando lentamente su vestido por su cuerpo, siguió el rastro de la piel que estaba siendo revelada. Cuando llegó a sus pechos, se detuvo para lamer y chupar cada pezón endurecido antes de continuar pasando su lengua alrededor de su ombligo. Cada lugar de sus labios se tocaba quemados, dejando un rastro de hormigueo a su paso.

Jane se retorció y se revolvió debajo de él mientras la pasión dentro de ella se intensificaba. "Hazme el amor. Por favor, Caleb, hazme el amor. Ella rogó con un suspiro.

Él deslizó su mano entre sus muslos y ella dejó que se abrieran. "Paciencia, cariño. El acto es mejor para los dos cuando no tenemos prisa. Metió un dedo en el vértice de sus muslos, separó sus rizos y se zambulló en su centro.

Jane se mecía contra su mano desesperada, la presión crecía dentro de ella casi demasiado deliciosa para pararse. Ella permitió que su cabeza cayera hacia atrás cuando Caleb dejó caer besos en su muslo interno, su dedo aun trabajando dentro de ella. De alguna manera, se las había arreglado para quitarse la ropa por el camino y ella extendió los dedos sobre su piel húmeda y sudorosa.

Él se acercó a ella, su peso corporal presionando contra ella. "Eres hermosa."

Las palabras casi la destrozaron. Nunca nadie le había hecho semejante cumplido. Ella lo alcanzó, rodeó sus manos detrás de su cuello y acercó su boca a la de ella.

Con movimientos cimbreados, él la empujó, besándola apasionadamente hasta que su virilidad estaba completamente asentada dentro de ella. Él se quedó quieto, mirándola. "Me quitas el aliento, cariño".

Con sus piernas envueltas alrededor de sus caderas, su corazón y su alma desesperados por él, tomó todo su control para permanecer inmóvil mientras se ajustaba a él. "¿De verdad me crees hermosa?"

"Cariño, nunca he encontrado a otra mujer tan agradable de mirar". Él le dio un beso en la frente. "Eres impresionante".

Su corazón se derritió, entregándose completamente a él. Incapaz de controlarse por más tiempo, comenzó a moverse contra él, enviando oleadas de placer a través de ella.

Él le permitió a ella establecer su ritmo, encontrándose con su impulso de empuje hasta que ella se disparó en el borde de la razón. Su cuerpo se tensó y luego se rompió, enviándola a un estado de absoluta felicidad.

Caleb cubrió sus labios con los suyos mientras aumentaba sus empujes, causando que la presión aumentara una vez más hasta que alcanzaran sus clímax juntos. Rodándose de ella, él reunió su tembloroso cuerpo contra el suyo. "Te amo", le susurró en su cabello. "El cielo me ayude, pero yo sí".

Su corazón se hinchó, rebotando de amor por él. —Me perteneces, Caleb. Corazón, cuerpo y alma. Ella se estiró para acariciarle la mandíbula. "Yo también te quiero".

Ella se acurrucó en su abrazo y se fue a dormir, sintiendo por primera vez en su vida que ella era especial.

Epilogo

Parque Highlawn, Inglaterra
Dieciséis meses después

Caleb se agachó junto a Jane y le dio un beso en la frente y luego en la de su hija. El bebé, envuelto en una manta de algodón rosa, lo arrulló, lo que provocó un ladrido de Scamp. "Cállate". Jane dirigió su voz hacia el perro.

Scamp nunca estuvo lejos del lado de Jane, y aunque era pequeño, era un feroz protector de las damas de la mansión. Un hecho por el que Caleb estaría siempre agradecido, ya que estas damas eran de suma importancia para él. Se inclinó más para rascar la cabeza de Scamp. "¿Cómo está nuestra querida Maggie esta tarde?" Preguntó, con una amplia sonrisa tirando de sus labios.

"Encantadora como siempre". Jane le devolvió la sonrisa.

Su hija había nacido aquí en Highlawn dos meses después. Jane insistió en nombrarla después de la difunta hermana de Caleb, haciendo de ella el nombre de Maggie. Otro regalo de su querida esposa para que se deleitara. A menudo se preguntaba cómo tuvo la suerte de comprometer a un ángel.

A ella le gustaba afirmar que la había salvado de una vida lúgubre de astilleros, pero en verdad, la había robado como un ladrón en la noche. Jane era una gema preciosa arrojada a las sombras de la sociedad londinense. Simplemente había sido bendecido lo suficiente como para tropezar con ella. Fue ella quien lo salvó.

Caleb se enderezó y se movió para sentarse en un sofá cercano. "Ven, permíteme abrazar a mis chicas". Miró implorante a Jane.

En un momento, ella se sentó acurrucada a su lado, su brazo se envolvió firmemente alrededor de ella. Él acarició su rostro con sus suaves rizos, inhalando su aroma. "Yo declaro que la pequeña Maggie tiene tus ojos". Él sonrió. "Tus labios también".

Jane volvió la cabeza hacia él. "También veo una buena porción de su padre en sus rasgos. Ella será una belleza".

"Con una madre tan atractiva como tú, tendría que serlo." Su corazón se aceleró ante el rubor que se deslizó en las mejillas de Jane.

"Me adulas así, querido esposo".

"Solo hablo la verdad, querida".

En los meses transcurridos desde que Jane lo había seguido hasta Highlawn Park, ella había logrado vencer a todos sus demonios y ayudarlo a hacer de la finca un gran éxito. Pero el mejor

regalo que ella le había dado era su amor.

Caleb pasó un largo dedo por el sedoso rostro de su hija. "¿Estás feliz, cariño?"

Jane arqueó una ceja. "¿Lo eres tú?"

"Más feliz de lo que creí posible".

Ella le sonrió. "Claro que sí"

"Enviemos a nuestro ángel durmiente a la guardería. Estoy muy necesitada de un tiempo a solas con su madre. Él le dio una sonrisa pícaro.

Jane miró al bebé y luego a él. "Qué propuesta tan espléndida".

Se puso de pie y tomó a Maggie de sus brazos, entregándosela a la niñera.

"Avísame cuando despierte", informó Jane.

"Sí, su gracia".

Antes de que la niñera hubiera abandonado por completo la habitación, Caleb tomó a Jane en sus brazos y sus labios encontraron los de ella. Ella era todo lo que él siempre necesitaría o desearía. Su otra mitad, la mejor, y él la querría siempre.

Extracto

Da vuelta la página para leer un fragmento del siguiente libro de la serie éxito de ventas de
Amanda Mariel, «Damas y canallas»:
Aventura Escandalosa

Prólogo



Inglaterra, 1822

Lady Grace Brighton, hija del Vizconde y de la Vizcondesa de Forton, entró en el salón de baile con el corazón en un puño. Esa noche iba a ser, sin duda, una de las más duras de toda su vida. A los diecisiete años debería estar disfrutando de la temporada, no temiendo lo que iba a pasar. Sin embargo, su destino se había decidido.

Con un temor por todo el cuerpo, Grace se encaminó hacia la terraza. El Señor Lewis Duffield estaría esperándola bajo las ramas de su árbol, el mismo árbol en el que él había grabado las iniciales de ambos hace un par de semanas. La escena le habría inquietado hace un par de noches, pero ahora todo había cambiado. En lugar de mariposas, Grace sintió una desagradable agitación, provocándole un nudo en el estómago.

Recogió sus faldas con sus manos enguantadas mientras se apresuraba alrededor de una columna de mármol, bajó las escaleras y se dirigió hacia el jardín iluminado. Si se retrasaba demasiado, la gente se daría cuenta. Una situación que apenas podría permitirse cuando todo pendía de un hilo. Padre y Madre contaban con ella. No podía decepcionarles, incluso si eso significaba destruir su corazón para honrar su deseo.

La hierba cubierta de rocío humedeció sus zapatos de seda mientras aceleraba su paso por el camino del jardín hacia el viejo tilo. El aire fresco de la noche le rozó la piel y cientos de estrellas brillaron en el cielo, pero el tranquilo entorno no ayudó nada para enfriar sus nervios o aliviar su malestar. Los latidos se hicieron más fuertes a medida que se acercaba a su destino – más cerca de Lewis.

Grace disminuyó su desenfrenado ritmo y luchó por mantener la compostura mientras daba sus últimos pasos, que acortaban la distancia entre Lewis y ella. Lo vio iluminado por las antorchas; vio sus ojos brillantes y su reluciente pelo negro cuando salió del camino. El familiar aleteo que experimentaba cada vez que estaba cerca de él volvió a su estómago, pero no consiguió borrar el temor que llenaba su alma.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. “Mi querida Grace, ven, déjame abrazarte.” “Oh, Lewis.” Olvidando sus obligaciones por un momento, se lanzó a la calidez de su abrazo. Lo que daría por mantenerse a salvo en sus brazos durante toda la eternidad. Incapaz ya de controlar sus emociones, un estremecimiento sacudió sus hombros mientras las primeras lágrimas llenaban sus ojos.

“¿Qué ocurre, querida?” Lewis acarició su pelo con una reconfortante caricia mientras la

abrazaba. ¿Cómo iba a ser capaz de decirle que no podían seguir juntos? Cada parte de su ser negaba ese hecho. Ansiaba huir con él, empezar una vida nueva con el hombre que amaba. Daría casi cualquier cosa por permanecer a su lado, pero no podía echar a su familia a los lobos.

“Todo va a ir bien. No hay necesidad de llorar.” Lewis continuó con su intento de calmarla. Depositó un suave beso en su frente. “Ahora estamos juntos. Estás a salvo.”

Ella le había entregado su corazón hace meses y se encontró incapaz de tomarlo de nuevo. A pesar de todo, tenía un deber para con su familia, con los títulos de la familia y con la alta sociedad. Personalmente, a Grace no le importaba nada el título o la alta sociedad, pero no podía afirmar lo mismo sobre sus padres. Vendería su alma para proteger a su familia.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, haciendo que se le pusiese la piel de gallina. Posiblemente acabaría destrozada, pero habría hecho lo correcto por su familia. Tenía que hacerlo. ¿Qué otra opción tenía? Sin ella, caerían en la indigencia. Serían arrojados a las calles de Londres y se desvanecerían en el caos de la gran ciudad. Estarían destinados al olvido de todos y tendrían que arreglárselas sin los medios y sin los conocimientos necesarios para sobrevivir a su nueva y dura realidad. No podía sentenciarlos a tal existencia.

Grace inhaló despacio. Resignada a su destino, se alejó lo suficiente para mirar a los ojos verdes y tiernos de Lewis. Su mirada se penetraría en su memoria para siempre – el amor y la ternura de los que fue testigo estarían siempre con ella. Serían un constante recordatorio de lo que había sacrificado.

“Grace, querida.” Él secó las lágrimas de sus mejillas. “Mi amor, sea lo que sea, puedes fiarte de mí. Confía en mí, cariño. Te ayudaré.” Recurrió a cada gramo de valentía y fuerza que poseía y se alejó de él. No había ninguna otra opción. Tenía que contarle lo que había pasado. Lo que se esperaba de ella. Tenía que romperle el corazón.

Dio un paso hacia ella, pero antes de que pudiera alcanzarla, ella se volvió de espaldas. Las palabras nunca le saldrían mientras su mirada estuviese posada en ella. No podía ser testigo de cómo se le destrozaba el corazón. Grace abrió su boca para hablar, pero entonces la cerró de nuevo intentando buscar las palabras adecuadas. Aquellas que harían todo más fácil para los dos, pero tales palabras no existían.

Maldición, era imposible.

Le pasó los brazos por su cintura y tiró de ella hasta apoyarla contra su duro pecho antes de susurrarle al oído, “Todo irá bien. Dime qué pasa y déjame ayudarte.”

“No puedes ayudar.” Nuevas lágrimas aparecieron y cayeron por sus mejillas. “Debo casarme con el Duque de Abernathy.”

Lewis se puso rígido detrás de ella y respiraba entrecortadamente. “No puedes. No cuando estás enamorada de mí.”

“Dios, cómo desearía que no fuese así.” Se giró entre sus brazos para mirarle y se le partió el alma.

“Padre firmó ayer los papeles del compromiso. Planea anunciar el compromiso esta noche.”

El pánico se reflejó en la expresión de Lewis. “Huye conmigo. Podemos irnos ahora. No hay necesidad de que te cases con un hombre a quien no amas.” Le imploró con la mirada. “Grace. No destruyas lo que tenemos. Aférrate a nuestro amor, a mí, con todo tu ser.”

Ella se mordió el labio y desvió su mirada. Sentía el pecho pesado y las lágrimas brotaron libremente. Cerró los ojos fuertemente. Ella le amaba con todo lo que poseía, pero no cambiaba nada. Tenía que honrar a sus padres. Tenía que proteger a su familia.

“Maldita sea, te amo,” dijo Lewis, su voz quebrada por la emoción.

Ella volvió a mirarle, su corazón destrozado sin posible reparación. Tenía que conseguir que

la odiase. Hacerle creer que estaban condenados desde el principio. Quizás entonces, él podría alejarse, seguir adelante con su vida. Tal vez, incluso encontrar otro amor.

Se le formó un nudo en la garganta solo con pensar en esa idea, pero, aun así, le deseaba la felicidad. Él se merecía una vida de amor. Lo último que ella quería era que él se pasase los días y las noches llorando por su fallida relación.

Cuadrando sus hombros, Grace le miró detenidamente. “A veces el amor no es suficiente. Mi vida está en Inglaterra. La tuya en América. Estábamos condenados desde el principio.”

“Grace.” La apretó con más fuerza. “No quieres decir eso. Ven conmigo.”

“No puedo.” Se soltó de su abrazo y colocó una mano entre los dos para impedir que la agarrase de nuevo. “Debo volver al baile y a mi futuro.”

Dio un incierto paso hacia ella. “Estás equivocada. Tu vida está junto a mí. Déjame cuidarte. Permíteme amarte y mantenerte.”

Grace cerró la distancia entre ellos y colocó un dedo enguantado sobre sus labios. “No lo hagas más difícil. Debes dejarme ir.” Cada momento que pasaba a su lado debilitaba su decisión. Si no terminaba su relación pronto, no seguiría adelante con sus obligaciones. Dios era testigo de que su corazón le pertenecía a Lewis. “No tengo opción. Debo respetar el acuerdo que mis padres hicieron. Yo...es mi deseo hacerlo.”

Se dio la vuelta y corrió hacia el sendero del jardín. Lewis la alcanzó, la cogió por el codo e hizo que se parase. “Grace.” Ella tragó con fuerza. “Por favor, no.” Con una mirada repleta de dolor y sin decir palabra, la soltó.

Grace se apresuró hacia el refugio de su casa, hacia la vida que sus padres habían planeado para ella. A final de mes se convertiría en la Duquesa de Abernathy, pero su corazón pertenecería siempre a Lewis.

Acerca de Amanda Mariel

La exitosa autora y estrella de Amazon Amanda Mariel sueña con días del pasado, cuando la vida avanzaba más lentamente. Disfruta de escribir a mano y de explorar períodos históricos con su imaginación y la palabra escrita. Cuando no está escribiendo, se la puede encontrar leyendo, tejiendo a crochet, viajando, practicando fotografía o pasando tiempo con su familia.

Visita el sitio web de Amanda para saber más sobre ella y sus libros. Cuando lo hagas, suscríbete al boletín informativo de Amanda ¡y recibe un eBook gratis!

Postfacio

Muchas gracias por tomarte el tiempo de leer este libro.

¡Tu opinión importa!

Por favor, tómate un momento para calificar este libro en tu sitio favorito de reseñas, y comparte tu opinión con otros lectores.

~Romances históricos conmovedores que te dejan sin aliento~